

# **CRISIS CIVILIZATORIA Y ESPIRITUALIDAD CRISTIANA**

*Pedro Trigo, sj*

## **CRISIS CIVILIZATORIA: AMENAZA Y OPORTUNIDAD**

Vivo la crisis civilizatoria como un sacerdote jesuita que pertenece desde el año 1973 a un Centro de Investigación y Acción social que tiene como polo de atención la realidad venezolana en el contexto latinoamericano y desde la perspectiva popular; que desde los años 70 acompaña procesos populares desde comunidades cristianas de base; que desde 1980 da clases de teología en un instituto agregado a la Pontificia Universidad Salesiana de Roma e incardinado en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas; y que vive desde 1984 en zonas populares. Explicito estas circunstancias porque mi condición de religioso, mi especialización teológica, el ámbito interdisciplinar en el que me muevo y la vivencia del mundo popular, que asumo también como perspectiva englobante, me llevan a percibir con más fuerza determinados aspectos y a priorizar determinados objetivos, lo que implica que otros aparezcan relativizados.

Todo contexto, al ser concreto, particulariza irremediamente. Por eso, la necesidad del diálogo y de la complementariedad. Sin embargo no todos los contextos arrojan el mismo grado de luz. Yo soy consciente de lo mucho que se me escapa desde mi mundo de vida; pero también estoy convencido de que la experiencia popular, la vivencia de frontera entre mundos diversos y la situación permanente de pluriculturalismo resultan particularmente fecundas.

### **Exclusión y deshumanización**

Desde mi contexto el aspecto de la crisis que más me golpea es el paso de

la dinámica inclusiva en que crecí y en que vivieron en mi país las generaciones precedentes (al menos desde los años 20) a la dinámica excluyente, que ha abierto una brecha social, que se está convirtiendo en un verdadero abismo. De ir todos en dirección ascendente, se pasó de la noche a la mañana a que la inmensa mayoría retrocediera aceleradamente, en tanto que un pequeño grupo seguía subiendo sin pausa. La clase media que iba engrosándose constantemente, está en peligro de desaparecer y lucha con todas sus fuerzas para no proletarizarse; y la miseria, desconocida como hecho social en este siglo, llega a alcanzar a más de un tercio de la población. Esta polarización creciente es signo de crisis civilizatoria, porque ¿cómo puede ser calificada de civilidad una manera de estructurar las relaciones de producción y las relaciones sociales que cause tales efectos?

A mí no me consuela decir que así ha sucedido habitualmente cuando se impone una revolución tecnológica. En primer lugar porque yo vivo hoy, y a mí como ser humano me incumben tantos que mueren antes de tiempo por enfermedades de pobres, mengua y desprecio, y tantos otros que, a causa de su desventaja abismal, viven con unas posibilidades vitales extremadamente recortadas. En segundo lugar, por la correlación que veo entre el confinamiento de tantos a su mundo privado y su entrega a la reglas de juego vigentes, y su empobrecimiento humano e incluso su alienación y aun su positiva degradación. Dedicarse a ser cada vez más competitivo y producir o lo que es peor mirar sólo cómo maximizar sus ganancias y para ello presionar para que se consagren los derechos de la propiedad privada y se abandone al trabajador, y negar cualquier responsabilidad en los efectos de esa política alegando su carácter aleatorio, no se hace impunemente. Negarse a reconocer los vínculos obligantes que tenemos, no sólo con los socios del mismo cuerpo social sino con cualquier ser humano, nos vacía de sustancia humana.

Es claro que esta dinámica excluyente y la consiguiente brecha entre ricos y pobres, que se ahonda sin cesar, es un problema mundial. La caída de los regímenes comunistas abrió ese mundo a las compañías transnacionales, que son los sujetos de este modo de producción vigente, e instauró en todo el mundo la lógica totalitaria del mercado sin restricciones.

También es patente que la decisión irresponsable de prescindir de los demás, convertida en regla de juego social, ha traído a nivel mundial, no sólo el empobrecimiento de las tres cuartas partes de la humanidad y el peligro próximo de agotamiento de algunos elementos vitales para la vida humana en el planeta sino la ceguera que lleva a despreocuparse de ese futuro que es el de sus propios hijos. La unidimensionalización que entraña el dedicarse

febrilmente a producir y a consumir produce un tremendo endurecimiento para todo lo que pueda poner en peligro el propio establecimiento y una insensibilidad de fondo respecto de los demás. Se sabe todo lo que pasa en todos los sitios; pero se lo ve como un mero espectáculo, que conduce paradójicamente a apreciar más el mundo propio y a defenderlo a como dé lugar de posibles invasores. Es un vaciamiento de humanidad, que puede coexistir con la sensibilidad más exquisita para disfrutar productos culturales, pero que muchas veces produce la delectación en objetos decadentes e incluso una grave inconsistencia moral a nivel individual.

Así pues, las amenazas más patentes, generalizadas y drásticas de esta crisis civilizatoria, que son sin duda la ruptura del equilibrio ecológico y la manipulación genética, son las manifestaciones más extremas de un estado de ánimo, que se caracteriza como insensibilidad y endurecimiento, causado por la unidimensionalización que provoca el centrar la vida en producir mercancías y consumirlas. Se ve claro que la polarización, que era el síntoma que escogí como representativo, no es el resultado colateral y aleatorio de una revolución tecnológica sino el efecto lógico del modo de encauzarla en el marco de un mercado absolutizado y totalitario.

### **Bienes civilizatorios y culturales**

A diferencia de lo que sucedió en las épocas democráticas pasadas, los gobiernos carecen hoy casi de entidad propia y se conducen prácticamente como agentes de los grandes grupos económicos. La pregunta que surge es cómo en nuestros países las masas eligen a gobiernos que se proponen convalidar legalmente y profundizar una dinámica que, al polarizar las clases sociales, debilita al cuerpo social e incluso lo desconoce, y que por eso unidimensionaliza, aliena y deshumaniza a quienes se entregan a ella.

La respuesta más inmediata se refiere al poder de la propaganda, a la carencia de alternativas y a la contundencia de este ordenamiento económico que ellos expresan e institucionalizan. Es verdad que la ideología dominante insiste a través de la propaganda que el único camino es abrirse sin condiciones a las compañías transnacionales, lo que implica poner al país en función de sus intereses, desistiendo de toda protección a la ciudadanía y restringiendo por ende al máximo el gasto social.

Pero hay que reconocer que además hay una razón positiva que tiene una irresistible capacidad de atracción: es la exhibición de la moda que seduce con su fantasía, incesantemente renovada, y sobre todo el justificado atractivo de los bienes civilizatorios que aporta la revolución tecnológica y los bienes

culturales que se proponen como horizonte. El emblema de lo nuevo es sin duda el mundo de la computación, con la gama casi ilimitada de posibilidades que abre en muchos campos. Los adolescentes y jóvenes de nuestros barrios tratan por todos los medios no sólo de manejarlo sino de conocer sus secretos. En el horizonte cultural está la contemporaneidad con todo el mundo, que se nos hace presente como contexto más o menos real y más aún como posibilidad de una comunicación efectiva, de un ordenamiento jurídico mundial y de una sinergia democrática que englobe a toda la tierra. A la gente de los barrios sí le motiva imaginarse ciudadanos del mundo, ponerse a la altura de una interlocución simbiótica con los demás pueblos, recibir sus ayudas y asumir sus propias responsabilidades. El que lo suyo pueda ser comprendido y valorado por gente de otras culturas, y el que ellos entiendan y puedan procesar lo que se hace en otros lugares les da una honda satisfacción, les hace sentirse más reales. Así como la polarización (que rompe el tejido social, disminuyendo drásticamente las posibilidades de las mayorías y deshumanizando a su fautores) sería el indicador más clamoroso de la crisis en su cara amenazante, así los bienes civilizatorios (revolución comunicacional, ingeniería genética) y culturales (productividad, competitividad e innovación, exigencias del mercado abierto, y cultura de la democracia, de los derechos humanos y de todos los seres vivos y sobre todo de la tierra como un todo) expresarán lo que tiene la crisis de oportunidad.

Ambas caras de la crisis colocan a la gente en un horizonte mundial. La gente popular en la que me muevo no ve como antagónicos su vivencia vecinal, fuertemente localizada, y su pertenencia a un contexto mundializado. Los adolescentes (que se despegaron de la familia y aún no anudaron relaciones constituyentes con el medio) son los más influenciados por la propaganda. En los demás estos dos ámbitos se combinan con dos patrones: en los que no logran una suficiencia económica y sobre todo una autoestima de fondo, lo que viene de otros ámbitos funciona de modo compensatorio y ordinariamente reciben lo más superficial, incluso la basura; los que logran, sin embargo, una autoposesión satisfactoria y se estabilizan económicamente, logran también una asimilación, a veces notable, de los bienes culturales e incluso de los civilizatorios, y usan la parte de entretenimiento complementariamente.

## **ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y PARADIGMAS**

### **Diálogo biófilo desde una vida en libertad**

Aunque hasta ahora me he referido únicamente a la crisis civilizatoria, no

he dejado de lado la espiritualidad cristiana: ella ha estado funcionando como perspectiva y horizonte desde los cuales la he caracterizado. En efecto, los paradigmas (en cuanto tendencias radicales y sistemáticas que caracterizan a una época o a un período dentro de una época o a una determinada figura histórica) no son hechos desnudos perfectamente objetivados y que se imponen por eso a todos sino sistemas de referencias globalizantes, matrices de sentido que, o se lanzan desde el poder al modo de la propaganda para generalizar consensos en torno a tendencias o intentan expresar sintéticamente e intuitivamente las estructuras y mecanismos más envolventes. Tanto si son armas que pretenden producir lo que enuncian como si se conciben como cifras de una realidad histórica, pertenecen más al campo de la hermenéutica que al de la ciencia.

La espiritualidad cristiana no es ideología ni teoría sino vida, es insustituiblemente vida; pero no vida al modo vitalista, irracional, ni tampoco como heteronomía arbitraria, sino vida que arroja luz, vida con sentido. La espiritualidad cristiana no es cualquier modo de vivir sino vida en el Espíritu o vida en obediencia al Espíritu. El Espíritu al que aludimos es el Espíritu de Dios: dinamismo de creación, energía de vida, fuerza de amor; en todo caso, impulso, acción, actualidad. Así pues, obedecer al Espíritu es vivir de un determinado modo; pero ante todo vivir. Vivir creando y como don propio; pero haciéndolo con tal energía que ese vivir no se reduzca al vivir genérico de un elemento de un conjunto. Esa vida genérica es una vida confinada a las posibilidades del conjunto, una vida que no tiene por eso entidad propia ni libertad. La vida en el Espíritu es libertad constructiva.

Pero el Espíritu es el Espíritu de la Palabra de Dios. Por eso la vida en el Espíritu es libertad con sentido, es una vida en la verdad. La espiritualidad cristiana está atravesada por una voluntad indoblegable de realidad.

El cristiano no pretende tener la capacidad de elevar a concepto toda la realidad en la que vive. Ni el cristiano particular ni el conjunto de los cristianos. Los cristianos no poseemos ni menos aún controlamos toda la verdad. Para nosotros la Palabra es la luz que ilumina a todo ser humano. Como el Espíritu, en cuanto dinamismo de creación, alienta en todo lo creado y particularmente en cada uno de los seres humanos y en la humanidad como punta de lanza de la evolución creadora. Así pues, nosotros confesamos que en la invención y realización de los bienes civilizatorios y culturales a lo largo de toda la historia y en particular de la figura histórica actual están actuantes tanto la Palabra como el Espíritu de Dios. Por eso la espiritualidad cristiana no es solipsista ni

acosmística, ni le es dable satanizar ninguna figura histórica ni menos aún prescindir de los demás seres humanos en su vida de obediencia al Espíritu y en su empeño en vivir en la verdad.

### **Jesús, paradigma rechazado: dialéctica negativa**

Desde esta perspectiva dialogante y ecuménica, los cristianos confesamos que la Palabra, que es la luz que ilumina a todo ser humano, vino al mundo, se encarnó en la humanidad. Es Jesús de Nazaret. Él es el hombre del Espíritu y el testigo de la Verdad. Él en su vida (en sus obras y palabras) nos reveló a la vez quiénes somos los seres humanos y quién es Dios. Nos reveló el designio de Dios sobre la creación y la humanidad, que no es un designio exterior a ellas sino que expresa el dinamismo en que consisten y que las supera desde dentro configurándolas y llevándolas a trascenderse sin cesar.

Él no vino como un héroe civilizatorio. Él no sustituye a las personas ni a la humanidad como todo en su arduo camino. Él es el sí de Dios a nosotros y el sí de nosotros a Dios. Él nos asegura que hay futuro y que hay camino. Él es el paradigma de la humanidad.

Sin embargo Jesús fue asesinado. Murió en la tortura, condenado por los representantes de la religión revelada y de un imperio que ha pasado a la historia como civilizador e inspirador de derecho. Y no fue una equivocación. La muerte de Jesús nos advierte que las religiones, los ordenamientos sociales y las culturas son insuperablemente ambivalentes: son canales imprescindibles para preservar lo adquirido por las colectividades humanas y para conservarse a sí mismas, para anudar con el misterio en que consisten y para constituirse en humanas; pero tienen también la irresistible propensión a absolutizar a la propia colectividad y al ordenamiento estatuido, a sacralizarse; y el resultado es que causan víctimas, que producen muerte, y que no alcanzan a captar esa inhumanidad manifiesta porque se han absolutizado a sí mismas y consideran que las víctimas son el costo social del orden, un mal necesario.

La muerte de Jesús a manos de los representantes oficiales de órdenes sociales hace ver que no toda luz que ilumina a los seres humanos y a las colectividades es la luz de la vida; que hay otra luz que da sentido y plausibilidad, pero que en realidad son tinieblas que oprimen la verdad, que distorsionan la realidad, que extravían. Hace ver también que el Espíritu de vida no es el único que mueve a los seres humanos y a los grupos sociales; que hay impulsos hacia el poder y la arrogancia, que, al absolutizar a uno mismo y a su grupo, producen exclusión, opresión y muerte.

he dejado de lado la espiritualidad cristiana: ella ha estado funcionando como perspectiva y horizonte desde los cuales la he caracterizado. En efecto, los paradigmas (en cuanto tendencias radicales y sistemáticas que caracterizan a una época o a un período dentro de una época o a una determinada figura histórica) no son hechos desnudos perfectamente objetivados y que se imponen por eso a todos sino sistemas de referencias globalizantes, matrices de sentido que, o se lanzan desde el poder al modo de la propaganda para generalizar consensos en torno a tendencias o intentan expresar sintéticamente e intuitivamente las estructuras y mecanismos más envolventes. Tanto si son armas que pretenden producir lo que enuncian como si se conciben como cifras de una realidad histórica, pertenecen más al campo de la hermenéutica que al de la ciencia.

La espiritualidad cristiana no es ideología ni teoría sino vida, es insustituiblemente vida; pero no vida al modo vitalista, irracional, ni tampoco como heteronomía arbitraria, sino vida que arroja luz, vida con sentido. La espiritualidad cristiana no es cualquier modo de vivir sino vida en el Espíritu o vida en obediencia al Espíritu. El Espíritu al que aludimos es el Espíritu de Dios: dinamismo de creación, energía de vida, fuerza de amor; en todo caso, impulso, acción, actualidad. Así pues, obedecer al Espíritu es vivir de un determinado modo; pero ante todo vivir. Vivir creando y como don propio; pero haciéndolo con tal energía que ese vivir no se reduzca al vivir genérico de un elemento de un conjunto. Esa vida genérica es una vida confinada a las posibilidades del conjunto, una vida que no tiene por eso entidad propia ni libertad. La vida en el Espíritu es libertad constructiva.

Pero el Espíritu es el Espíritu de la Palabra de Dios. Por eso la vida en el Espíritu es libertad con sentido, es una vida en la verdad. La espiritualidad cristiana está atravesada por una voluntad indoblegable de realidad.

El cristiano no pretende tener la capacidad de elevar a concepto toda la realidad en la que vive. Ni el cristiano particular ni el conjunto de los cristianos. Los cristianos no poseemos ni menos aún controlamos toda la verdad. Para nosotros la Palabra es la luz que ilumina a todo ser humano. Como el Espíritu, en cuanto dinamismo de creación, alienta en todo lo creado y particularmente en cada uno de los seres humanos y en la humanidad como punta de lanza de la evolución creadora. Así pues, nosotros confesamos que en la invención y realización de los bienes civilizatorios y culturales a lo largo de toda la historia y en particular de la figura histórica actual están actuantes tanto la Palabra como el Espíritu de Dios. Por eso la espiritualidad cristiana no es solipsista ni

acosmística, ni le es dable satanizar ninguna figura histórica ni menos aún prescindir de los demás seres humanos en su vida de obediencia al Espíritu y en su empeño en vivir en la verdad.

### **Jesús, paradigma rechazado: dialéctica negativa**

Desde esta perspectiva dialogante y ecuménica, los cristianos confesamos que la Palabra, que es la luz que ilumina a todo ser humano, vino al mundo, se encarnó en la humanidad. Es Jesús de Nazaret. Él es el hombre del Espíritu y el testigo de la Verdad. Él en su vida (en sus obras y palabras) nos reveló a la vez quiénes somos los seres humanos y quién es Dios. Nos reveló el designio de Dios sobre la creación y la humanidad, que no es un designio exterior a ellas sino que expresa el dinamismo en que consisten y que las supera desde dentro configurándolas y llevándolas a trascenderse sin cesar.

Él no vino como un héroe civilizatorio. Él no sustituye a las personas ni a la humanidad como todo en su arduo camino. Él es el sí de Dios a nosotros y el sí de nosotros a Dios. Él nos asegura que hay futuro y que hay camino. Él es el paradigma de la humanidad.

Sin embargo Jesús fue asesinado. Murió en la tortura, condenado por los representantes de la religión revelada y de un imperio que ha pasado a la historia como civilizador e inspirador de derecho. Y no fue una equivocación. La muerte de Jesús nos advierte que las religiones, los ordenamientos sociales y las culturas son insuperablemente ambivalentes: son canales imprescindibles para preservar lo adquirido por las colectividades humanas y para conservarse a sí mismas, para anudar con el misterio en que consisten y para constituirse en humanas; pero tienen también la irresistible propensión a absolutizar a la propia colectividad y al ordenamiento estatuido, a sacralizarse; y el resultado es que causan víctimas, que producen muerte, y que no alcanzan a captar esa inhumanidad manifiesta porque se han absolutizado a sí mismas y consideran que las víctimas son el costo social del orden, un mal necesario.

La muerte de Jesús a manos de los representantes oficiales de órdenes sociales hace ver que no toda luz que ilumina a los seres humanos y a las colectividades es la luz de la vida; que hay otra luz que da sentido y plausibilidad, pero que en realidad son tinieblas que oprimen la verdad, que distorsionan la realidad, que extravía. Hace ver también que el Espíritu de vida no es el único que mueve a los seres humanos y a los grupos sociales; que hay impulsos hacia el poder y la arrogancia, que, al absolutizar a uno mismo y a su grupo, producen exclusión, opresión y muerte.

Los cristianos creemos que Dios resucitó a Jesús. Eso significa, no que lo haya devuelto la vida sino que lo recreó con su misma prestancia. Que Jesús resucitado es Señor quiere decir que Dios acreditó y convalidó su vida como el paradigma de la humanidad. Él nos atrae realmente con la fuerza y la hermosura de la verdad. Su humanidad es tan plena que se torna en un manantial del que todos podemos beber inagotablemente. Pero él no nos sustituye ni nos condena a repetirlo. Sobre cada uno de los seres humanos derramó su Espíritu que nos capacita para hacer en nuestra época, en nuestra cultura y en nuestra situación lo equivalente de lo que él hizo en la suya. No se trata de imitarlo sino de seguirlo. Pero como él no está aquí, seguirlo es proseguir su historia. Lo que no es posible hacer sino creativamente.

Jesús no entra en competencia con los órdenes sociales. Él no es un dirigente político (no es rey al modo de los de este mundo) sino el paradigma de la humanidad (el testigo de la verdad). Quien siga al Espíritu de la verdad, lo sigue.

Pero que Dios haya constituido como paradigma de la humanidad a un condenado significa que la dialéctica cristiana no es meramente positiva. Dios no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el que corona, trascendiéndolas las jerarquías sociales y así las convalida y consagra. Por el contrario, Dios es el que llama a la existencia a lo que no existe y resucita a los muertos. La salvación de la humanidad tiene lugar a partir de los rechazados, de los excluidos. Jesús no entra en competencia con los órdenes sociales, pero al quedar en la historia como un condenado, llama a superarlos incesantemente desde dentro y desde abajo, ya que hasta hoy todas las figuras históricas contienen principios de exclusión, y la actual, tanto como la que más. Así pues, ningún orden social, ninguna cultura pueden presentarse como salvadoras. Al contrario, todas deben ser salvadas de sus propios demonios. Aunque la resurrección de Jesús, como oportunidad ofrecida de abrirse a él como paradigma, significa que todas pueden transformarse superadoramente.

## **I. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA ENCARA LA CRISIS DESDE LA AUTENTICIDAD**

### **Individualismo y resignación a los mecanismos establecidos**

La espiritualidad cristiana encara la crisis civilizatoria a partir del individuo. Desde él concibe la superación tanto del individualismo como de la

resignación impotente a los mecanismos establecidos, que no serían sino las dos vertientes de un mismo fenómeno. En efecto, la ideología del mercado extendida a todo el mundo y a todos los ámbitos de la existencia (es decir, totalitaria, no confinada al ámbito de los bienes y servicios transables sino invadiendo todos los niveles de la existencia y mercantilizándolos) exige que no existan entidades públicas ni cuerpos sociales sino que los seres humanos se comprendan como individuos privados, que se tienen a sí mismos como fines absolutos, y que pretenden hacerse a sí mismos siendo ellos mismos su propio paradigma o invistiendo paradigmas según su propio criterio. Por otro lado la ideología del individualismo supone un marco desregulado, sin valores, normas ni fines compartidos, un marco que salvaguarde únicamente la libre competencia para satisfacer preferencias, tanto como productores como en cuanto consumidores.

El individualismo exige que no haya cuerpos sociales, pero se pliega dócilmente a las exigencias del mercado (tanto si lucha por imponerse como mago de las finanzas, como capitán de empresa o como técnico innovador, como si se contenta con un puesto intermedio de pequeño propietario o empleado) para poder satisfacer como consumidor sus preferencias. No es, pues, el que se hace a sí mismo de un modo absoluto sino dentro de las reglas de juego del mercado, sometándose a ellas. Así pues, la ideología del individualismo oculta que los verdaderos sujetos de esta figura histórica no son los individuos sino las compañías transnacionales, a las que los grandes sirven y los pequeños se someten. El individualismo real es asunto de tiempo libre.

Aunque también existen otras dos posibilidades: la del rebelde, una libertad meramente antagonica, que acaba trágicamente; o la del que se coloca al margen y trata de vivir una existencia apacible, que a la larga es destrozada (o salvada) por quienes invaden su privacidad, porque el individualismo radical, robinsoniano, es una quimera.

Hay que reconocer que el individualismo en el contexto del mercado así concebido produce un dinamismo acelerado en todos los órdenes, que da como resultado la innovación constante para prevalecer en la lucha sin cuartel de la competencia. Así la creación histórica crece a nivel exponencial y sus resultados se diseminan. Pero en este modo de producción los seres humanos se sacrifican a lo que producen: están en primer lugar los derrotados en la competencia y la multitud de los que no pueden acceder al mercado; pero están también los ganadores que se unidimensionalizan porque tienen que consagrar a ello todas sus energías. Lo mejor y lo peor están inextricablemente unidos.

## Fundamentalismo y comunitarismo como alternativas

Actualmente hay dos sistemas de vida que se presentan como alternativa al individualismo: son el comunitarismo y el fundamentalismo. El primero, tal como se concibe en USA y Europa, ha puesto el dedo en la llaga certeramente en los males del individualismo reinante. Ahora bien, en cuanto a sus propuestas, o bien se restringe a la utilización del tiempo libre o al ordenamiento de la vida prescindiendo de la producción, y entonces adolece del mismo sometimiento al mercado que el individualismo y se entiende como una mera corrección a lo que parece más disolvente del sistema, o bien se concibe también como un modo de producción, con lo que en alguna medida lo transforma. Un problema que no ha logrado resolver este modo de producción es que, al darse en el seno del modelo vigente, debe aceptar el juego establecido, lo que lo pone en permanente peligro de desnaturalizarse (algo de eso le pasó al modelo soviético al definirse en competencia con USA: se desnaturalizó al ponerse en función de la propaganda y así perdió de vista sus propios objetivos y perdió en la competencia).

Una limitación a ambos modos de concebir el comunitarismo es su carácter cerrado: Condominios exclusivistas que viven como comunidades o comunidades étnicas tradicionales de alto poder adquisitivo o empresas corporativas.

Es común a esos modos de entender el comunitarismo su carácter impersonal: quienes se reúnen lo hacen por compartir un mismo tren de vida y unos gustos básicos o por reconocerse como de una misma familia al estar unidos por lazos étnicos ancestrales o por estar asociados a una empresa que se vive como una mancomunidad. Todas ellas son dimensiones sustantivas de esos seres humanos, pero de carácter genérico y por eso poseídas en común (ése es el lazo de unión). No son relaciones que los constituyen como personas.

La alternativa fundamentalista está muy extendida, tanto en el primer mundo como en el tercero. Su punto de partida es el carácter deletéreo de la libertad vacía del individualismo que, al desconocer el carácter concreto de la realidad humana, se extravía y se perjudica a sí misma y pasa causando destrozos irresponsablemente. Para el fundamentalismo el marco de la libertad es la realidad humana, objetivada en un modo de vida público, una legalidad revelada por Dios. Los intérpretes autorizados de esta ley son los encargados de velar porque la comunidad creyente encauce su libertad correctamente. Los dirigidos, al entregarse a Dios, se ponen en manos de sus representantes y se

dejan guiar por ellos. Pero en definitiva el orden objetivo debe prevalecer como ayuda para los que aceptan el camino y como correctivo saludable para los que se desvían.

Hay fundamentalismos muy variados: desde los que se componen perfectamente con las compañías trasnacionales y sus métodos para imponerse en el mercado hasta los que buscan normar incluso la vida económica. Todas las grandes religiones atraviesan por una fase fundamentalista. No sólo predomina en el islam y el judaísmo, también se fortalece más en el cristianismo (incluida la Iglesia católica) y hasta en el hinduismo.

El atractivo del fundamentalismo es que otorga seguridad, orden, sentido y espíritu de cuerpo, todo lo que el sistema actual deja a la libre iniciativa de cada quien. La presión constante que puede tornarse insoportable y la impresión de que uno se va quedando reducido a las dimensiones de productor y consumidor es lo que lleva a gente del primer mundo a entregarse al fundamentalismo. En el tercer mundo en cambio es la manifiesta injusticia, la impiedad de ordenamientos políticos que sólo protegen al capital y dejan en el abandono a las mayorías, una exclusión que niega las condiciones mínimas para vivir y desprecia la cultura tradicional y con eso oscurece el sentido de la vida, y conduce a la desesperación. Ese abandono radical es el que suprime el fundamentalismo, que así hace más llevadera la pobreza sublimándola en el sentido recobrado y en el cuerpo social.

Como el comunitarismo (y más aún) el fundamentalismo desconoce la dimensión personal: la religación de los adeptos es por una parte contenidista, está objetualizada; y por otra, pasa por la entrega de la libertad a los individuos que representan a Dios. La relación con Dios implica el sacrificio de la propia persona, la abdicación de relaciones personales. La consecuencia paradójica es que el ámbito del fundamentalismo es la relación del líder con la masa. Y la masa está compuesta no de personas sino de individuos. El fundamentalismo es un individualismo regimentado; pero no deja de ser individualismo.

La regimentación, que resulta tolerable para la masa, sobre todo si se ejerce con humanidad, a la larga es difícilmente soportable para quienes desarrollaron fuertemente su dimensión individual, y más aún para los que no se resignan a vivir una existencia impersonalizada. Así, como no es la superación del individualismo sino su otro polo, el fundamentalismo está internamente amenazado, tanto de escisiones y rebeliones intestinas como de una implosión que lo abra, al trascender desde dentro sus fundamentos.

## El evangelio, la conversión y el seguimiento apelan a cada quien

Jesús no vino como Mesías davídico; por eso el cristianismo no contiene un proyecto político ni un modelo societario. A diferencia de lo que sucede en el islam o el judaísmo, los fundamentalistas cristianos han tenido que inventar teologúmenos (por ejemplo la necesidad de orden represivo por causa del pecado original o la teoría de las dos espadas) ya que los evangelios no ofrecen nada que pueda considerarse un marco jurídico o una ley fundamental.

Jesús vino ciertamente como una figura pública y con una función pública: Profeta escatológico, Mesías, Siervo de Jahveh, Hijo de hombre, Pontífice de la nueva y eterna alianza, Salvador del mundo, Hijo de Dios... Todos los títulos que aparecen en el Nuevo Testamento (y lo mismo podríamos decir de los símbolos: Luz del mundo, Vida para la vida del mundo, Pastor modelo...) encierran la referencia a una colectividad.

Si el cristiano es seguidor de Jesucristo, y él, sin ser político, sí es público ¿en qué sentido podemos decir que la espiritualidad cristiana parte del individuo? El punto de arranque de la respuesta es su intelección no política de su función pública. No es político porque rechaza imponerse sobre nadie: ni sobre sus enemigos ni sobre sus partidarios. No se propone derrotar a sus enemigos ni apoyarse en súbditos. Jesús no somete a nadie. Por el contrario, apela a la libertad responsable de cada quien (el que es de la Verdad escucha mi voz).

Tanto la proclamación del evangelio como la propuesta de conversión suponen un sujeto adulto. Más aún, la propuesta de seguimiento. Jesús rechaza constantemente la idea de subyugar a las masas con prodigios espectaculares y apabullarlas con demostraciones de poder incontrastable. Él las quiere convencer. Por eso no les habla con discursos esotéricos plagados de citas a autoridades. Por el contrario, al dirigirse a ellas en el lenguaje de la vida cotidiana, asequible para todos, ellos captan su autoridad, es decir el peso de sus palabras que definen situaciones, desnudan los corazones, colocan a las personas ante la verdad de sí mismas y ante el Dios verdadero, en el seno mismo de la realidad. Por eso el pueblo, acostumbrado a bajar la cabeza ante los discursos de sus maestros, que no pueden llegar a juzgar porque se refieren a erudición escolar y legal, siente alborozado que el modo de hablar de Jesús no sólo le resulta asequible sino que le posibilita un juicio ponderado y más aún le lleva al ejercicio razonado de su libertad, es decir a una decisión personalizada.

Esto mismo puede advertirse más explícita y detalladamente en los diálogos que en los evangelios jalonan los encuentros personales. Son diálogos en los que el interlocutor de Jesús es tomado en cuenta y valorado (Jesús no sólo habla sino que pregunta y escucha), en los que se percibe un proceso en el que Jesús por una parte pone a la persona en disposición de asumir su situación y por otra estimula sus mejores energías, de tal modo que, si la persona se abre a lo que el encuentro da de sí, al fin puede decirle Jesús con gran alegría: “tu fe te ha salvado”. Jesús no salva sustituyendo a nadie; ésa no sería salvación. Jesús suscita en la persona la fe que salva.

Este proceso altamente personalizador está admirablemente representado en las parábolas. Por ejemplo, la parábola de las tierras, a partir del símbolo de la semilla. El reinado de Dios es como una semilla que lanza un sembrador. El sembrador es Dios y la semilla Jesús; pero Jesús a su vez es también sembrador y la semilla es su palabra. Este símbolo significa que en Jesús y en su palabra no hay sino vida. Dicho de otro modo, él es el sí de Dios a la humanidad. Pero, aquí viene la parábola, la semilla cae en el camino, en una tierra sin espesor, en un terreno donde hay espinos y en tierra buena. Sólo en ésta germina hasta dar fruto. A Jesús lo sigue una gran multitud. Él les dice con esta parábola que por él no va a quedar; pero que no basta con su sí: se requiere también la decisión de ellos. Y ellos pueden cerrar sus corazones a la propuesta que por él les hace Dios o pueden recibirla con alegría, pero echarse atrás ante las dificultades o pueden decirle que sí con un corazón dividido. Él les advierte que la semilla sólo da fruto en un corazón que se da completamente.

Jesús no se satisface con el entusiasmo contagioso de una multitud enfervorizada. Él busca suscitar respuestas personalizadas. Y por eso expresa muy crudamente las dificultades y hace ver que es muy posible que poca gente esté dispuesta a pagar el precio de ese encuentro absolutamente personalizado con Dios que él propone.

Él no apela tampoco al mero sentido del deber. Incluso cuando se refiere a los mandamientos, no los entiende como el código dictado por el de arriba que no queda sino obedecer. Los propone más bien como caminos de vida, como los cauces de la vida humana tal como Dios la ha creado. Los cumple quien los percibe de ese modo y está decidido a poseer la vida.

El evangelio de Jesús no es ni deber impuesto ni cuestión de realismo; es algo en extremo conveniente y motivador que uno ha descubierto a través de Jesús; es (dice la parábola) un tesoro escondido que uno encuentra y, de la alegría que le da su hallazgo, vende todo para comprar ese campo que encierra

tal tesoro. Como se ve, es una decisión extremadamente personal que concierne al núcleo de la propia existencia y que se toma como consecuencia de un descubrimiento personal: el encuentro con Dios en Jesús que causa una alegría inaudita.

### **Una propuesta inclusiva: dialéctica negativa**

La propuesta de Jesús, extremadamente personalizada y personalizadora, no es sin embargo elitista sino pública y no excluye a nadie. Y en efecto, personas de toda condición se sienten motivadas por ella y responden, aquilatando su sí en las dificultades que sobrevienen. Estas dificultades provienen por una parte del corazón que se puede entregar a pulsiones de dominio o de autodestrucción o dejarse dominar por el cortocircuito del placer. Jesús se refiere a estas tendencias que salen del corazón. Pero destaca igualmente los obstáculos que brotan de una estructura que, teniendo su modelo en la familia patriarcal, encuadra desde el emperador hasta el último cacique local en un sistema escalonado de padrinzagos que da como resultado una sociedad fuertemente asimétrica, ligada con lazos despersonalizadores y cerrada y excluyente. Claro está que este orden social se mantiene por muchas decisiones individuales; pero al objetivarse en ese mundo (como lo llama el evangelio de Juan), se presenta como un poder que tiene presas a las personas.

Por eso Jesús prevé que esta decisión puede acarrear serias dificultades, tanto en la familia como en la inserción en el cuerpo social. Jesús busca decisiones personalizadoras y por eso insiste en estas contradicciones para desengañar, desilusionar y desencantar a sus oyentes, de modo que en el contraste aquilaten su decisión o se plieguen a lo estatuido. De todos modos él no propone el éxito en ese camino alternativo sino tan sólo (es decir, nada menos) la fecundidad histórica. Por eso apela siempre a la libertad de cada quien.

La dificultad intrínseca del camino pide que la decisión se tome desde lo más profundo del ser y que cada quien entre por su propio pie y extremadamente motivado. Jesús insiste en que esta libertad está fundada en la secreta atracción de Dios y sostenida por él. Y por eso llama a la confianza en medio de las pruebas.

Como se puede apreciar, en el fondo se trata del encuentro de la libertad de Dios y la libertad de cada quien, un encuentro en el que Dios tiene la primera palabra, que es su entrega incondicional y llena de fe en nosotros, a la que respondemos en un proceso accidentado en el que nuestra fe se va acendrando hasta responderle con la misma gratuidad.

Esta propuesta, si se la llega a conocer desde dentro, es una buena noticia para todos. Pero es cierto que por lo que toca a la existencia social, unos tienen que hacer más rupturas que otros. A alguien que está situado en un lugar elevado en la pirámide social no le resultará fácil comprender que se le propone algo mejor que lo que tiene ni, si lo entiende, le será sencillo romper con la asimetría de las relaciones y transformarlas en simbióticas. Sin embargo, la propuesta le sonará como sumamente beneficiosa al que está viviendo como sometido o más todavía al que está excluido y debe sobrevivir fuera del sistema y despreciado. Para estas personas el problema consistirá en creer que les será posible cambiar y verse como personas dignas y agraciadas por Dios.

Jesús no sólo comprendió que su propuesta interesaría más a los pobres, a los discriminados (niños, mujeres, prostitutas, enfermos desahuciados, descreídos, extranjeros) sino que proclamó que Dios también se dirigía con predilección a ellos, prefiriéndolos a los que se creían con derecho ante Dios y por eso se relacionaban con él, no personalmente sino en una especie de comercio sagrado de méritos y recompensas. También aquí vemos la dialéctica negativa: no sólo no es elitista la propuesta personalizadora de Jesús sino que es más accesible a los tenidos por los de arriba como masa carente de peso y dignidad.

### **Una propuesta personalizadora**

Como se ve, desde su raíz evangélica la espiritualidad cristiana, siendo fundamentalmente pública e incluso positivamente universal, se dirige al individuo estimulando sus mejores energías, poniendo en juego su capacidad de comprensión y juicio, y dejándolo todo en manos de su libertad. Es, pues, una propuesta extremadamente personalizadora.

Lo es porque parte de la entrega respetuosa y llena de fe en uno, de Dios a través de su enviado Jesús, y es esa relación la que nos habilita para responder en la misma tónica. El individuo se constituye como persona por virtud de esa relación, de ese reconocimiento, que no es (como teorizó Hegel en la dialéctica del amo y el esclavo y como propone la figura histórica vigente) el resultado de mi prevalencia sobre los demás en la lucha de la competencia, que no es un botón que uno conquista sino algo que le ofrecen a cada uno gratuitamente y a lo que sólo puede responder con la misma gratuidad.

El reconocimiento del que se impone no proviene de la libertad de los vencidos y por eso no personaliza ni al que lo da ni al que lo recibe. Sólo el que nace de la libertad del amor que se entrega sin condiciones da lugar al otro y

lo habilita para entablar esa reciprocidad de dones en que consiste la relación personal.

## **Superación del fundamentalismo y del individualismo**

Así es como la espiritualidad cristiana supera de raíz tanto al individualismo como al fundamentalismo desde el mismo individuo. Supera al fundamentalismo porque se basa permanentemente en la libertad de Dios y en la de cada persona humana. Esta propuesta de relación en libertad, que parte siempre del propio Dios, relativiza absolutamente a la institución eclesial y a todos sus poseedores. Los desacraliza entendiéndolos como servidores de este encuentro (“todo es de ustedes: Pablo, Apolo, Pedro, el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo porvenir, todo es suyo; pero ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios”: 1 Cor 3,22-23). Nosotros somos de Cristo como respuesta libre a su libre entrega, porque él nos amó primero, cuando estábamos sin fuerzas, incluso cuando éramos enemigos de Dios.

El fundamentalismo, que pretende proteger a los débiles sociológicamente, a los que juzga también débiles en la fe, desconoce dos elementos fundamentales: el primero, el carácter personalizado de la proclamación evangélica, de la llamada de Jesús a conversión y de su propuesta al seguimiento; y el segundo, el privilegio de los pobres, a los que el propio Dios revela este misterio. Así pues, el fundamentalismo desnaturaliza completamente al cristianismo, le mata el Espíritu, sin el que obviamente queda negada la posibilidad de espiritualidad.

Pero la espiritualidad cristiana supera también de raíz al individualismo desde el propio individuo porque es una propuesta constitutivamente relacional. La raíz del individualismo moderno (el self made man) está en la autarquía griega, que consiste en que cada quien es su principio y fundamento. El modo más transitado de intentar alcanzarla pasa por la acumulación de riquezas, influencias y poder. Aunque también se la busca más drásticamente cercenando las necesidades y deseos que no puede satisfacer uno mismo. Nadie menos autárquico que Jesús: él se autodefine como Hijo y como Hermano. Son estas relaciones las que le constituyen en persona, relaciones libres e incondicionales. Para él quien pretende apoyarse en sí mismo o en las riquezas es un necio, es decir alguien que equivoca completamente el camino, que, al no estar en la verdad, se vacía humanamente y va al fracaso. Lo mismo juzga del autárquico religioso: del que se afianza en su pretendida justicia como algo que le da derechos ante Dios, que le merecen la salvación.

Para Jesús la vida no depende de las riquezas ni del dominio. La vida es don de Dios. Pero es don gratuito, no algo a lo que uno tenga derecho por cumplir leyes o ritos. En la entrega de la vida se nos entrega el propio Dios como principio de personalización, principio que lo actualizamos cuando le correspondemos de igual modo, es decir fundando nuestra libertad en él y dando como don esta vida que como don recibimos.

## **CARACTERIZACION DE LA AUTENTICIDAD**

### **La autenticidad consigue lo que pretende la autarquía**

Sin embargo hay que decir que la espiritualidad cristiana, siendo eminentemente relacional, comporta una suerte de autarquía o algo que cumple lo que la autarquía pretende, superando sin embargo sus estrecheces. Hemos dicho que la entrega incondicional de Dios en Jesús nos habilita para responderle. Nos habilita porque esta entrega, el amor de Dios en uno, nos sana, nos rehabilita y estimula nuestras mejores energías. El amor es la realidad con más peso y más dinámica; si lo aceptamos, si le damos cauce en nosotros, nos tonifica, pone a vibrar lo más positivo que hay en nosotros, es decir nos da vida y nos convierte en fuente de vida.

Pues bien, el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por medio de Jesús es tan real, tiene tal densidad y prestancia que es nada menos que su propio Espíritu, el Espíritu Santo, que es también el Espíritu de Jesús. Jesús al morir “entregó su Espíritu” (Jn 19,30). La suprema pasión de Jesús (exhalar su último aliento) fue también su acción más consumada. Entregó su espíritu al Padre (y así se consumó como Hijo) y nos lo entregó a todos los seres humanos (y así se consumó como Hermano). El Espíritu es el don de Jesús resucitado a toda la humanidad. Los profetas del destierro profetizaron una nueva alianza absolutamente interiorizada porque la voluntad de Dios no estaría ya en un código objetivado sino en el corazón de cada uno, de tal modo que no haría falta ya que los expertos enseñaran a los demás pues a todos estaría abierto el conocimiento de Dios desde la interioridad de cada uno. Dios derramaría su Espíritu en los corazones, y el Espíritu transformaría a las personas que se quisieran dejar guiar por él, desde su propio interior. Pedro, en el primera proclamación de Jesús resucitado, anunció que se había cumplido esa profecía según la cual el Espíritu se iba a derramar sobre toda carne. En el evangelio de Juan, Jesús propone a la samaritana darle un agua viva que se haría en ella un manantial de vida perdurable. Y eso mismo dijo con gran solemnidad a la multitud que se hallaba congregada en el templo de Jerusalén para una fiesta. Y el evangelista comenta que se refería al Espíritu Santo.

Esto significa que todo cristiano, pero también todo creyente y más en general todo ser humano, ha recibido este Espíritu de Jesús, un Espíritu que lo capacita para vivir según el paradigma de Jesús, es decir para ser tan plenamente humano como sólo un hijo de Dios puede serlo y para extender por el mundo la vida fraterna de los hijos de Dios. Ya habíamos apuntado que la Palabra es la luz que ilumina a todo ser humano y también que a todos nos anima el Espíritu creador. Sin embargo la Palabra hecha carne, Jesús de Nazaret, ha derramado este mismo Espíritu como suyo, es decir como del paradigma de humanidad que es el hijo de Dios. Indudablemente que es el mismo Espíritu, pero diversamente comunicado. Como también es distinto que Dios, el único Dios, se nos manifieste como creador, a que quiera relacionarse como Padre, dándonos a participar en Jesús su propia vida. Pues bien, precisamente es el Espíritu el que nos lleva al interior de Dios y a la vez el que nos posibilita constituirnos en seres humanos cabales.

Así pues, todos los seres humanos hemos recibido el don del Espíritu que nos impulsa desde más adentro que lo íntimo nuestro. Su presencia nos trasciende ya que para nosotros no hay posibilidad de acceder sino hasta lo íntimo nuestro y él nos mueve desde más adentro. Pero si decimos más adentro es que seguimos hablando de nosotros. Eso significa que hay una trascendencia desde la inmanencia o, dicho de otro modo, que nos fundamos en el misterio. Este impulso del Espíritu, como trasciende desde la inmanencia, alienta de un modo absolutamente individualizado. No se confunde, pues, ni con la sindéresis, que es elementalmente genérica, ni con el superego, que es una elaboración cultural introyectada, en todo caso de ningún modo trascendente. Es más, podemos decir con toda verdad, que sólo el Espíritu puede poner en movimiento lo más recóndito de nuestro ser; es decir que siguiendo su impulso nos habitamos, llegamos a ser ese ser concreto que tenemos potencialidad de llegar a ser.

Hay, pues, una suerte de autarquía, un desde nosotros, un afincarnos en nuestra interioridad. Pero que se trasciende desde dentro porque es alteridad, correspondencia, más aún, obediencia a ese impulso, a ese huésped soberano (Señor y dador de vida, decimos en el Credo), pero a la vez absolutamente respetuoso.

### **La autenticidad no es heteronomía**

Quiero recalcar, porque me parece un punto decisivo para nuestra situación, que obedecer a este Espíritu no es heteronomía.

En primer lugar porque este Espíritu es amor y si es trascendente en nosotros y nos lleva a trascendernos, no es sin embargo ley ni obligación sino libertad, tanto el don libre de Dios en nosotros como nuestra libertad entregada como don.

Además, es cierto que es el Espíritu el que alienta y mueve; pero, si uno quiere seguir su inspiración, es uno mismo el que la lleva a cabo bajo su completa responsabilidad. Uno no es, pues, mero ejecutor sino que se constituye en sujeto en su acepción más plena. En rigor sólo entonces es uno dueño y señor de sí mismo, porque el Espíritu no enajena sino que lleva a la verdad del propio ser, a la humanidad peculiar y plena de cada uno.

Pero en tercer lugar obedecer al Espíritu no es heteronomía porque, aunque el Espíritu es el de Jesús y por eso el Espíritu lleva a ser humano según el paradigma de humanidad que es Jesús, sin embargo esto no lo plantea como desvestirse de lo propio para vestirse de Jesús, para imitarlo. El Espíritu lleva a asumir el paradigma de Jesús desde cada uno. Así como Jesús realizó su propio paradigma desde su peculiaridad individual y desde su circunstancia, ambas irrepetibles, así cada quien ha de realizarlo desde su individualidad y en su situación. Y lo que Jesús tiene de paradigmático para nosotros no es como un segundo piso añadido a nuestra condición humana sino que es la humanidad (que es imagen y semejanza de Dios) llevada a una plenitud tan desbordante que sólo es pensable y posible en el Hijo de Dios. Por tanto una existencia así, lejos de ser heteronomía, debe caracterizarse como una existencia auténtica.

### **La autenticidad como punto de partida de la espiritualidad**

Sintetizando, el punto de partida de la espiritualidad cristiana se coloca en el individuo. Llamo vida espiritual a la vida que nace de la obediencia a este Espíritu que actúa más adentro que lo íntimo de cada uno. Obediencia es seguir ese impulso, secundar ese dinamismo, servir de cauce a esas energías, dejarse llevar por ese movimiento, actuar esa fuerza. El Espíritu es actualidad; y dinamismo, energía y poder son los nombres que da el Nuevo Testamento al actuar del Espíritu. Actuar desde esa fuerza, trascendente en la inmanencia, es superar la existencia genérica de miembro de diversos conjuntos. Es por eso vivir en la libertad, una libertad no acosmística sino situada y por eso constructiva, liberadora, creativa. Esa existencia desde la interioridad, pero no ensimismada ni autárquica, sino trascendente, es una existencia auténtica.

Al poner como punto de partida de la espiritualidad la obediencia al Espíritu en nosotros estamos asentando la primacía sistemática, para nosotros,

del Espíritu respecto del Padre y del Hijo. El punto tiene mucha importancia práctica ya que, sin esta actitud de obediencia al Espíritu, que hemos denominado autenticidad, el culto que damos a Dios es vacío, es un culto meramente material que no llega a él, y lo mismo el seguimiento de Jesús; ambos son actos étnicos, corporativos, meramente culturales y en definitiva intrascendentes.

Pero la razón de comenzar por el Espíritu en nosotros no es sólo que únicamente en el Espíritu llegamos al Padre y al Hijo, lo que ya tendría una importancia decisiva. Comenzamos por aquí porque un punto de partida, si no es meramente didáctico sino sistemático, debe contener en germen todos los elementos del desarrollo. Si comenzáramos por Dios, nosotros vendríamos después, seríamos puros destinatarios. Si, desde el giro antropológico de la modernidad, empezáramos por nosotros mismos, Dios sería meramente algo para nosotros (como sucede por ejemplo en Descartes o Kant). Si iniciáramos todo por Jesús, cierto que estaría comprendido tanto lo humano como lo divino. Pero empezaríamos por otro que nosotros y por un ser concreto, por una particularidad. Al comenzar por el Espíritu en nosotros, arrancamos, como en el caso de Jesús, de lo concreto, pero no de un único ser sino del individuo que somos cada uno. Y dentro de nosotros es donde encontramos la trascendencia. Pero no una trascendencia tematizada (por ejemplo como Dios) y por tanto asequible sólo a algunos, sino captada como impulso, como aliento, como espíritu, que nosotros hemos tematizado teísticamente y aun trinitariamente como de Dios y de Jesús, pero que en principio puede ser captado como tal espíritu sin especificarse ulteriormente.

### **En la autenticidad estriba la universalidad del acontecimiento cristiano**

Es el modo de afincarnos sólidamente en el individuo rescatándolo del individualismo desde dentro y haciendo así innecesario el fundamentalismo. Pero además es el modo de afirmar la universalidad del cristianismo precisamente cuando estamos llegando a la historia universal. Empezaré desarrollando este punto.

He insistido en que la universalidad del cristianismo estriba en que Jesús ha sido enviado por Dios como paradigma de la humanidad y constituido por Dios como tal, como respuesta a quienes lo asesinaron exhibiéndolo como el modelo de lo que no se debía hacer. Eso es lo que significa que Dios ha exaltado a Jesús al resucitarlo proclamándolo Señor. Es Señor no porque somete a nadie sino porque irradia y atrae, es decir porque es el paradigma de la humanidad.

Lo es radicalizando éticamente el modelo judío plasmado en la Ley y negando así su particularismo, universalizándolo, pero más aún trascendiéndolo de modo absoluto al anclarlo en el actuar del Padre celestial. En definitiva nos pide que hagamos y seamos como Dios. Y aquí estriba el misterio que nos ha revelado Jesús: que los seres humanos nos habíamos imaginado a Dios como el Totalmente Otro, precisamente por descarte de lo humano. Pero Jesús, que sólo hace lo que le ve hacer al Padre, de tal modo que quien lo ha visto a él ha visto al Padre, es alguien no sólo como nosotros sino de nuestra misma familia, más aún, alguien que pertenece a esa masa que según los vencedores no hace historia y que dentro de esas coordenadas sólo se distingue por su calidad humana. Así ser como Dios no es algo esotérico sino ser tan misericordiosos como él, ser como él completamente buenos. Eso es lo que hizo Jesús. Y, como Dios, lo hizo con absoluta discreción, desde abajo, dando lugar. Pero se pudo dedicar a ser humano de este modo, tuvo la libertad y la fuerza para hacerlo, porque fundó su vida en Dios, porque vivía de la relación con él. Todos estamos llamados a investir personalmente el paradigma de Jesús. En eso consiste nuestra realización humana, nuestra salvación. De ahí la trascendencia de la evangelización, entendida en el sentido estricto de proclamar real y creíblemente la buena nueva de Jesús. Pero si la fe entra por el oído, eso significa que se frustra el designio divino de salvación universal. Por eso, aunque para mí personalmente los evangelios hayan sido la fuente más trascendente de humanización y de construir la vida fraterna de los hijos de Dios y por eso ellos son el tesoro más grande que yo puedo dar, sin embargo la universalidad del acontecimiento cristiano no puede radicar en ellos. Radica en el Espíritu derramado sobre cada uno de los seres humanos.

Insisto en que tiene importancia poder reconocer a ese impulso como Espíritu de Dios y más aún como de Jesucristo. Pero lo decisivo es seguirlo. Y la posibilidad de seguirlo está abierta tanto al cristiano como al creyente de cualquier religión como al que no ha llegado a Dios. Si hijos de Dios son todos y sólo los que se dejan llevar por el Espíritu, es claro que puede haber cristianos que no lo sean y que pueden serlo gente que no sabe nada de Dios. Lo decisivo es, pues, llevar una existencia auténtica. Ahí nos podemos encontrar y reconocer gente de diversas culturas y religiones. En principio podemos reconocernos todos los seres humanos, ya que, aunque nos cerremos, el Espíritu con toda discreción pero también con toda paciencia intenta siempre que nos abramos a ese camino, que a la vez nos hace ser nosotros mismos y nos lleva al encuentro ecuménico, simbiótico con los demás, un encuentro que no uniformiza sino que personaliza.

## Configurarse al impulso del Espíritu

Vivir una existencia auténtica exige una actitud permanente de atención para percibir ese impulso interior. A esa actitud primordial y habitual se le llama recogimiento. El recogimiento es la superación dialéctica tanto de la dispersión como del ensimismamiento. Hoy es frecuente que coexistan ambas actitudes. Estar pendiente de uno mismo es muchas veces andar a la caza de sensaciones placenteras, de experiencias excitantes. A veces el ensimismamiento es un modo de dispersión: uno anda en la luna, en ensañaciones o en un vacío abúlico o dando vuelta incesantemente a algunas ideas fijas. A veces sin embargo ensimismamiento equivale a fijación en el mundo de uno, en los intereses propios, desligándose de lo demás; en tanto que dispersión puede significar vivir en el puro conductivismo. Recogimiento es andar en la realidad desde la propia realidad, estar en lo que se está abierto a las posibilidades humanizadoras de la situación, vivir no instalado sino a la escucha, en camino.

Pero el recogimiento es también indispensable para distinguir el impulso del Espíritu de otros impulsos o más aún distinguir cuándo las energías propias o las dinámicas ambientales vehiculan al Espíritu y cuándo se mantienen en su mera inmanencia. El Espíritu, al no ser una realidad mundana, al no ser ninguna creatura, al no ser ningún elemento de la realidad ni un “suplemento de alma”, al no ser nada en este sentido, actúa siempre a través de los seres humanos. Pero ningún ser humano ni nada en él se identifica con el Espíritu. El Espíritu no se encarna sino que mueve. Lo que se mueve es siempre humano. Pero el movimiento puede ser espiritual.

Si el movimiento procede del Espíritu porque no sólo no le oponemos ninguna resistencia sino que lo secundamos, es decir nos amoldamos a él, en esa configuración que resulta de seguir su impulso está, por una parte lo mejor de nosotros mismos y por otra la huella, la marca, la impresión de ese dinamismo. El Espíritu no tiene figura: es pura actualidad. Así lo expresen los símbolos bíblicos que se refieren a él: el manar del agua, el crepitar del fuego, el soplar del viento, el cernirse del ave. Sin embargo, así como en un sedimento petrificado puede detectarse, por ejemplo, el vacío de una concha marina, así en el que sigue el impulso del Espíritu se imprime una figura. Esa figura es él, su ser auténtico, ya que seguir al Espíritu es el acto más sutil, delicado y personalizador que puede hacer el ser humano. Pero es también al mismo tiempo Jesús de Nazaret en él, Jesús de Nazaret según él, es su versión de Jesús de Nazaret. Ya que el Espíritu es el de Jesús. El Espíritu nos configura a Jesús

en cuanto paradigma de la humanidad, pero de ninguna manera por imitación repetitiva sino creativamente. Tan no se trata de mimetismo que en la mayoría de los que secundan al Espíritu esta conformación con Jesús de Nazaret es absolutamente atemática porque no conocen a Jesús y en muchos casos ni siquiera a Dios. Ya que, como insistimos, en todos actúa el Espíritu y a todos capacita para obedecer su impulso, no sólo en los cristianos y los cristianos no son sino una quinta parte de la humanidad.

Sin embargo no es tan fácil detectar cuándo mueve el Espíritu Santo y no otros espíritus que van en dirección diversa y aun opuesta, y menos fácil es todavía no oponer resistencia a su impulso y sobre todo secundarlo completamente.

Jesús fue una persona discutida. Gente de su familia decía que le había entrado un espíritu (hoy diríamos coloquialmente que estaba volado), para otros era un pobre iluso (lo que es bastante parecido a lo anterior) y los jefes iban propalando que lo guiaba el espíritu del mal, Belcebú o Satán. Otros no sabían a qué atenerse, no acababan de distinguir qué lo movía en el fondo. Jesús comprendía que hubiera gente que no creyera en él; pero sí exigió que se confrontaran con sus obras. Ellas, a su entender, sí hablaban claro. Así pues, para Jesús el criterio para discernir qué espíritu lo mueve a uno son los frutos. Para él dar vida como don a los privados de ella era un signo seguro de que detrás del que eso hacía estaba el Espíritu de Dios. Por el contrario, pretender los primeros puestos, con el prestigio y el dominio que traen consigo es señal de que no nos mueve el Espíritu Santo. Ya que él mueve a servir desde abajo dando vida de la propia vida. Tampoco es signo de buen espíritu creer que, si Dios está con nosotros, vamos a tener éxito y a triunfar sobre los enemigos. Porque Dios no nos promete éxito y su Espíritu lleva a fiarse de él sin exigir pruebas sino respetando su libertad como él respeta la nuestra. El Espíritu es el Espíritu de la Verdad. Él nos desengaña, nos lleva a reconocer nuestras tinieblas, la necesidad que tenemos de caminar a la luz y nos va llevando progresivamente a la verdad. Por el contrario el diablo es el padre de la mentira y por eso nos lleva a autoafirmarnos orgullosamente y a no buscar y a cerrarnos a la luz. Así podríamos seguir indagando este contraste en los evangelios. Para Pablo son frutos del Espíritu la paz, la alegría y el consuelo, la libertad constructiva, la sencillez y humildad, la constancia y fortaleza, la esperanza que se arma de paciencia... Pero para él el don por excelencia del Espíritu es el amor.

Para Jesús, según el evangelio de Juan, la mayor dificultad para seguir el impulso del Espíritu es la pretensión de buscar el reconocimiento de los demás

como algo incondicionado, es decir a como dé lugar. Es cierto que tenemos una necesidad absoluta de que nos reconozcan, y en cada cultura hay una especie de código de merecimientos y una competencia muy fuerte y a menudo despiadada para llegar a esas cotas. Es un deseo que incluso es capaz de disfrazarse de su contrario con tal de alcanzar su meta. Para el evangelio buscar así el reconocimiento es renunciar a la autenticidad, ya que, aunque se sienta el impulso del Espíritu, uno tiene que hacer lo que se espera que haga para que lo reconozcan; ha hipotecado su libertad y a la larga acabará cambiando también sus criterios. Hay que escoger entre buscar ese reconocimiento espurio, que a la larga equivale a elegirse como le van eligiendo los demás, o edificar su ser auténtico y relacionarse con los demás desde esa libertad que da el seguir al Espíritu y recibir su aprobación. Sólo desde la autenticidad se puede dar gratuitamente y también recibir con agradecimiento y sin atarse, e incluso pedir con sencillez, dando siempre libertad al otro. Sólo desde la autenticidad la búsqueda de compañía no es angustiada sino apertura al otro y entrega a él desde la libertad.

Pero la dificultad para seguir el impulso del Espíritu en uno no estriba sólo en la sed que sentimos de reconocimiento, ya que esa tendencia nuestra se ve no sólo reforzada sino arrastrada por la compulsión social para que sigamos los cauces establecidos. El mercado, tal como de hecho funciona, no se limita a exhibir y publicitar las mercancías exaltando lo positivo y silenciando lo malo. La propaganda seduce por medio de técnicas que llegan hasta nuestras pulsiones y deseos más elementales. La propaganda pretende anular nuestra libertad. Y además el trabajo, concebido como mercancía, obliga para alcanzarlo y retenerlo a programarnos según el diseño de los dueños del capital. Así pues, quienes controlan el mercado pretenden determinarnos como consumidores y como productores. En estas condiciones el camino de la autenticidad tiene unos costos muy elevados: exponerse a la falta de reconocimiento, incluso a la hostilidad larvada de los que en este orden social imponen los patrones de reconocimiento y de sus secuaces.

### **Percepción del vacío, atención y obediencia**

Según la tradición prevalente en el cristianismo la gracia perfecciona la naturaleza. Si el designio de Dios es unitario, en definitiva la recapitulación de todo en Jesucristo o la transfiguración de la humanidad y en ella de toda la naturaleza, rutilante por estar transida de la gloria de Dios, la acción del Espíritu en cada quien y en la historia y en toda la creación se corresponden, más aún se coordinan y se ensamblan formando una unidad diferenciada.

Desde la autenticidad he expresado este axioma diciendo que lo que se mueve es lo que hay en uno, lo que es uno; pero el movimiento del Espíritu logra que nos habitemos y que pongamos a funcionar nuestras energías más recónditas, incluso que ellas formen una configuración que sobrepasa absolutamente el horizonte propio dentro del horizonte cultural, ya que esto que soy yo se va transfigurando en la existencia de Jesucristo en mí, en Jesús según ese ser que soy yo.

Ahora bien, si alguien está lleno de sí, si busca afincarse en sí mismo, más aún ser para sí, esa persona autocentrada no conoce la actitud de recogimiento, no está capacitada para atender al misterio que lo mueve y menos aún para obedecer a ese impulso que lo trasciende por dentro. Al absolutizarse a sí misma, al trascendentalizarse, se cierra a la trascendencia. Esa persona no puede acceder al nivel de la realidad ya que por el contrario objetualiza todo mediatizándolo para sus fines particulares.

Por eso la autenticidad necesita de una suerte de vacío interior, de relativización de lo propio, de apertura a la realidad, de aceptación de los propios límites, de la propia sombra, incluso de la impotencia en aspectos decisivos y hasta de la existencia en uno mismo de pulsiones destructivas y de muerte. Esto no equivale a pesimismo tremendista, no es entregarse a una actitud masoquista, como si Dios se complaciera en triunfar de la derrota humana. Por el contrario es asunción de la verdad de uno en el seno de la realidad.

En la situación, que se describió al comienzo, de crisis civilizatoria ¿es cierto que yo voy asumiendo los bienes civilizatorios y culturales que me brinda como oportunidad? ¿es cierto que no me resigno a la dirección insolidaria que excluye sino que vivo vuelto a los excluidos? ¿es cierto que no me dejo alienar por el predominio ambiental de las dimensiones de productor y consumidor sino que hago justicia a cada dimensión de la vida y a sus ritmos? Creo que cuanto más seriamente trate de asumir las oportunidades que me brinda la situación y superar sus negatividades, más claramente percibiré no sólo lo que me falta sino lo preso que estoy de mecanismos que deshumanizan y lo falto de fuerzas que me siento para vivir a pleno pulmón una libertad constructiva.

Ese vacío interior de que hablamos no es tan perceptible en una existencia que se deja llevar por el ambiente. Ese vacío, como aire que envuelve a cada aspecto en su verdadera dimensión, es más bien algo positivo y elevado. Algo que puede advenir también de golpe ante una interrupción de la instalación en la normalidad, bien sea como desgracia bien como experiencia plenificante.

Algo que se experimenta también cuando no hay normalidad porque se vive como excluido, pero sin resignarse al papel de víctima y luchando por vivir.

La propaganda avasalla y la propuesta de entrar como productor a este mercado totalitario se nos presenta como una ley de hierro; dentro de nosotros pulsiones y deseos exigen imperiosos sus objetos para satisfacerse; el propio yo distorsiona completamente la percepción de la realidad al constituirse en el centro móvil alrededor del cual gira el mundo de uno, identificado en la práctica como el mundo. Sin embargo el Espíritu ni seduce ni engaña ni esclaviza sino que por el contrario se dirige a nuestra libertad estimulándola. Así pues, entre tanto ruido y presión, no es fácil prestar atención a ese movimiento soberano pero absolutamente desarmado que alienta desde más adentro que lo íntimo nuestro. El Espíritu sopla siempre, pero ¿quién se pone en su longitud de onda, quién entra a esas profundidades, quién se queda en ese silencio, quién da lugar a la escucha, a la atención, quién hace lugar para eso? Nuestra finitud tiene un instintivo horror al vacío. Ocupar como un gas todo el espacio disponible, extendernos adonde llega la irradiación de nuestro ser, nuestro peso, es el modo de fabricar una infinitud ilusoria.

No podemos percibir el soplo absolutamente tenue, es decir libre, respetuoso, discreto, del Espíritu mientras no abramos esa seudoinfinitud y demos lugar a la nada. Ésta es la expresión más radical de la dialéctica negativa que sale al paso constantemente al tratar cristianamente el tema de la espiritualidad. Dar lugar a la nada en nosotros, a nuestra nada, es renunciar a ser como Dios (la tentación primordial que aparece en el Génesis: 3,3-7), es decir a ser como nosotros pensamos que es Dios, proyectando al infinito nuestra voluntad de poder. Ser como conocer para tener poder sobre la vida. Es una lucha desde el vacío para anularlo. La lucha en que está empeñada la figura histórica vigente. Aceptar el vacío sin pretender anularlo, aceptar que no tenemos en nosotros la vida, que no somos la fuente de la vida, abre la posibilidad de aceptar esa fuente de vida que mana desde más adentro que lo íntimo nuestro, indisponible para nosotros, completamente sellada a cualquier pretensión de dominio, pero fuente que mana dándonos vida por dentro. Porque la creación es el despliegue del amor de Dios, que culmina en ese amor dentro de nosotros, que, si correspondemos aceptándolo, obedeciéndolo, nos convierte a nosotros en fuentes de vida, en creaturas creadoras, ya que transidos por el Espíritu de Dios.

Para ser auténticos tenemos que rechazar la pretensión sobre la que se asienta esta figura histórica. La tenemos que rechazar sin constituirnos en su víctima, sin amargura, sin dejarnos llevar por el vértigo de esa negación. Esa

negación debe llevarse a cabo en la misma entrega a vivir esa vida en toda su realidad, como hambre, pues, de realidad y de ningún modo como no aceptación cobarde o desechada a vivir lo que nos ha sido dado.

Pero el no confundir la dinámica del orden establecido con la realidad supone algún tipo de desengaño, aunque no de la realidad sino del orden establecido. Supongamos el caso de un joven inteligente y noble criado en el seno de una familia rica y responsable. Este muchacho es normal que sea superficial (en el sentido más neutro y literal de la palabra), ya que en esa posición de ventaja subjetiva y objetiva tiene cómo responder a los retos que van viniendo y no necesita ni entrar en las profundidades de sí mismo ni trascender la situación. Ese individuo ¿puede no confundir orden establecido y realidad? Si vive con lo que tiene a mano (lo recibido y lo asimilado) ¿tendrá atención para percibir el aliento del Espíritu más adentro que lo íntimo suyo? ¿podrá hacerse cargo de la situación real de los que viven en desventaja drástica? ¿será capaz de comprender que vive en una suerte de conductismo que nada tiene que ver con la libertad? Si ese muchacho no logra romper el encanto de su situación privilegiada, no podrá enfrentarse a la verdad de sí mismo y de la situación y entablar encuentros reales. ¿Por dónde entrará el vacío en su vida y con él el descentramiento, la relativización, el acceso al nivel de la realidad, la percepción de la nada en sí y en la realidad, y así del milagro de la vida y más radicalmente de la existencia, y con esa percepción admirada el silencio y la escucha? Más aún, en esa situación de privilegio no percibido como tal ¿cómo tendrá acceso a la inhumanidad que se deriva de vivir en una figura histórica que excluye a la mayoría de la humanidad? ¿Cómo percibirá, pues, su propia alienación?

Éste es el principal problema para vivir una existencia auténtica: no percibir la inautenticidad y confundir las buenas costumbres establecidas con la autenticidad personal. Este problema se agudiza hasta hacerse casi insuperable cuando el establecimiento está en función de representar oficialmente al establecimiento cristiano. En estas condiciones es muy difícil hacerse cargo de la propia realidad y de la realidad de la situación. La hipocresía que denunció Jesús en los dirigentes religiosos de su tiempo no consistía en que ellos engañaran a otros sino en que se engañaban a sí mismos (cf Jn 9,39-41).

### **La autenticidad desde la religión y desde el cristianismo**

A pesar de lo que antecede, que equivale a reconocer el carácter ambiguo

de la pertenencia a la Iglesia por la tendencia de la institución a establecerse, desde la globalidad de este estudio aparece claro que, aunque para todos esté efectivamente abierta la posibilidad de vivir una existencia auténtica, ayuda muchísimo llegar a reconocer al Espíritu como de Dios y más aún como de Jesús de Nazaret. Por cierto que ése es el deseo del Espíritu, aunque circunstancias ambientales pueden imposibilitar este reconocimiento. Siempre el Espíritu se presenta como de Dios por su trascendencia, por su soberanía; por su tenacidad sin límites en medio de su paciencia; por su peso, por su prestancia que nunca avasalla, que es infinitamente discreta, pero que si se le da campo es absolutamente eficaz; por su orientación hacia la verdad y la vida... Pero no siempre la persona que percibe todo esto (que es sin duda la marca de lo divino) lo identifica como de Dios. La importancia de reconocerlo como de Dios estriba en que, si se tiene una imagen y sobre todo una relación adecuada con él, ella ayuda no sólo a reconocerlo sino a entregarse confiada y generosamente a su impulso.

Mucho más ayuda aún, desde mi punto de vista, reconocer al Espíritu como de Jesús, ya que él es a la vez el revelador de la imagen más plena de Dios y el paradigma de la humanidad, y en la espiritualidad se trata de ese encuentro con Dios y de la vida humana que resulta de él. De hecho la propuesta de autenticidad que acabo de exponer la he fundamentado en el evangelio y la he caracterizado a partir de él. Es obvio que para mí Jesús es el hombre auténtico por antonomasia. Más aún, es el paradigma de la humanidad porque es el paradigma de autenticidad. De esa obediencia al Espíritu (así lo presenta Lucas) o de esa obediencia a Dios en el Espíritu brota su peculiar humanidad. Ella es su secreto, el secreto de su libertad y consistencia, en medio de su debilidad, en todo como la nuestra. El secreto de su verdad y su misericordia, de su capacidad de dar de sí, de servir desde abajo, de dar vida como don y de suscitar en los demás esa misma fuente de vida. Porque él es el ser humano absolutamente auténtico, he sacado de él los criterios para discernir al Espíritu y la decisión que se nos plantea de optar por él.

Para nosotros los cristianos la decisión de ser auténticos se expresa como decisión de hacer en nuestra situación lo equivalente de lo que Jesús hizo en la suya. Con esto digo que la decisión de ser auténticos es una decisión que debe tomarse de por sí (por eso hablaba de la primacía sistemática, que no es lo mismo que biográfica, de la relación con el Espíritu); pero esta actitud básica se despliega, se objetiva y se valida en esa correlación del seguimiento, a través de la cual uno se habita a sí mismo y da de sí, hasta lograr su plenitud según el paradigma de Jesucristo.

## II. LA AUTENTICIDAD ES CONSTITUTIVAMENTE RELACIONAL

La autenticidad, como obediencia que es al Espíritu que actúa en uno, es constitutivamente relacional. Por eso no es ensimismamiento, solipsismo ni autarquía; por eso supera desde el propio individuo al individualismo. Lo supera en cuanto que logra lo que persigue el individualismo, y con más plenitud que él; pero sin caer en sus aporías. Logra habitarse, constituirse en ese ser único que es cada quien, y lo consigue siendo él mismo sujeto de su obra, y actuando desde su libertad. Pero supera la soledad del que se autoafirma de tal manera que ya no es capaz de llegar a los otros ni a la naturaleza para consistir con ellos; y sólo puede entablar relaciones desde su propio punto de vista y para sí, es decir objetivadoras. Pero, al encontrarse con otros como él, necesariamente se impone la lucha por el reconocimiento, entendido como una victoria sobre los demás y su objetivación.

### **Autenticidad y reconocimiento del otro**

La autenticidad, por ser una relación personalizadora, se expresa en relaciones que personalizan. Ante todo porque el recogimiento, esa actitud de atención al impulso del Espíritu en uno, lleva a centrarse en lo que se está, es decir a hacerse cargo de la situación, a asumir lo concreto tomando en cuenta sus diversas conexiones, a hacer justicia a la realidad encargándose de lo que a uno le toca y recibiendo lo que ella da de sí como luz y como posibilidad. Desde la autenticidad se reconoce que el Espíritu que actúa en uno también alienta en los otros elementos que componen la situación. El deseo de servir de cauce a ese impulso en uno lleva también al deseo de fomentarlo donde se lo encuentra. Es el mismo deseo, la misma actitud de fondo. Por eso la participación en la situación no es para imponerse sino para fomentar la actuación del Espíritu en ella.

El Espíritu alienta en la creación y, desde que hay seres humanos, en la humanidad, impulsándola a salvaguardar la vida y a perfeccionarla. El Espíritu, como de Jesús, mueve sin cesar hacia la vida fraterna de los hijos de Dios, según el paradigma que constituye él mismo. Así pues, quien está atento a la actuación del Espíritu en sí mismo para secundarla, como sabe que también actúa en los demás, los respeta como templos del Espíritu, y cuando reconoce ese impulso en ellos se alegra enormemente y trata de colaborar para que sigan ese impulso desde su libertad. Pero a su vez también está abierto a sus

indicaciones para seguirlo él con más discernimiento y fidelidad. Esta alegría es mucho más honda cuando se reconocen entre sí personas que quieren seria y humildemente vivir desde la autenticidad. Se reconocen propiamente como hermanas, hermanadas en este Espíritu que es el mismo en ambas, aunque a cada quien mueva desde su propia idiosincrasia.

La piedra de toque de que el encuentro es en la autenticidad consiste en que el lazo de unión no homogeneiza sino diversifica, ya que la relación es para que cada quien dé de sí desde la trascendencia inmanente del impulso espiritual. El encuentro se produce y se profundiza porque lo que desea cada uno es que el otro saque su mejor yo, ponga en movimiento sus energías más creativas y se personalice lo más posible. El que el otro llegue a consumarse puede darme tanta alegría porque descubro en él el mismo paradigma de humanidad que yo deseo realizar, pero de un modo diverso que el mío. No es que yo pretenda apropiarme de esa riqueza, de ningún modo; por el contrario me da contento comprobar la riqueza inexhaustible del paradigma al que desde mi propia peculiaridad deseo configurarme. La alegría proviene de percibir a la vez la trascendencia del otro y su aire de familia: el mismo Espíritu diversamente manifestado.

Estos encuentros se dan, y muchas veces de golpe y como por sorpresa, entre personas que se empiezan a conocer y que tal vez pertenecen a ámbitos muy diversos geográfica y culturalmente e incluso a nivel religioso. Este es el fundamento de la posibilidad comprobada de relaciones interculturales. Las culturas son los modos que tienen las colectividades de habérselas con la realidad para constituirse en humanas. Cuando los miembros de esas culturas se afincan en su modo particular y lo absolutizan, sobreviene el desconocimiento de los demás y peor aún la despersonalización de las relaciones en el interior de la cultura. Es la sospecha que uno tiene, por ejemplo, en lo que significa mayoritariamente el respeto de los derechos humanos de que hace gala el occidente desarrollado. Si, como sucede, no se los respeta sino en el interior de la propia cultura, es que no son en realidad sino derechos de los asociados, que de este modo no se relacionan entre sí como personas sino como elementos del mismo conjunto. Pero cuando esos modos apuntan desde dentro más allá de sí, es decir a constituirse como humanos, siempre es posible el reconocimiento entre quienes relativizan sus culturas porque las viven transitivamente. Pues bien, desde la autenticidad el constituirnos como humanos retiene toda su polifonía, pero con la unidad de fondo que la da el mismo Espíritu que actúa en cada uno, que es el de Jesús, el paradigma de la humanidad.

## **Autenticidad y reconocimiento de todos: universalismo**

Pero es que, además de lo dicho, el Espíritu, que nos trasciende desde nuestra inmanencia, nos lleva a relaciones trascendentes. La primera e irrenunciable es el aceptar en principio a todos. Todos estamos llamados no sólo a investir el mismo paradigma de humanidad que es Jesús sino a formar un solo cuerpo social. No son dos cosas distintas ya que Jesús es el Hermano universal y su Espíritu nos lleva a realizar la fraternidad de los hijos de Dios. A cada quien le lleva por el camino de su cultura, de su situación y de su idiosincrasia. Pero, si hay autenticidad, desde dentro se irán abriendo las culturas, las situaciones y la propia configuración individual para que en ellas vayan cabiendo los otros sin renunciar a su otredad. No es indispensable; ni muchas veces posible, que cada quien haya elevado a concepto este horizonte hacia el que camina. Lo decisivo es que camine desde su punto de partida.

Ya en la antigüedad los estoicos se entendían a sí mismos como cosmopolitas. Esta atribución no era un simple slogan ya que estaba sustentada por la creencia en la participación del Logos único y universal que hace de lo que existe un todo ordenado. El descubrimiento de este logos en uno mismo y el ordenar el ser y al vida conforme a él, les convertía en habitantes conscientes y libres de ese territorio sagrado, de esa ciudad que es el cosmos. Desde esta perspectiva la política, en cuanto pretendiera ser algo más que pragmatismo y tradición, no sería otra cosa que la imitación, es decir la aplicación a la esfera humana mediante el arte, de esas relaciones trascendentes. De este modo los estoicos se elevaron sobre el particularismo y las rivalidades de las polis, los Estados y los imperios, en busca de una comunidad realmente universal.

He traído este ejemplo por las evidentes similitudes con lo que propongo, que por cierto fueron ya sentidas y celebradas por la antigüedad cristiana. Estos pensadores cristianos no tuvieron empacho en proclamar que esos filósofos habían atisbado al Logos, que es la luz que ilumina a todo ser humano. También los pitagóricos creyeron en esa estructura matemática que todo lo relaciona y armoniza; y concluían que la sabiduría humana consiste en sintonizar con esos ritmos que nos constituyen a nosotros tanto como al cosmos.

Estos planteamientos empalman con la sed y casi el frenesí actual por hallar la fórmula del universo, teniendo la ventaja de mantener el carácter sagrado de lo que para ellos era desvelamiento y de ningún modo conquista como medio de poder. No creo que el pensar pueda equipararse nunca al ser, incluso si entendemos por ser esta realidad del universo. Pero, aunque tuvieran razón Parménides, Hegel y esos científicos actuales, de todos modos para los

cristianos ese logos no es lo que nosotros entendemos por tal, sino sólo su luz. Él es trascendente a esa luz, aunque la inteligibilidad del universo participe de él. Del mismo modo el Espíritu alienta en la creación como todo y en cada uno de los seres humanos en particular; y por eso es posible secundar su movimiento. Pero siempre se mantiene como trascendente.

Es claro que hoy la búsqueda de la fórmula del universo no entraña, tal como está planteada, ningún principio de universalidad. Primero porque, al promoverse en unas relaciones de producción asalariadas, el resultado pertenece a los patrocinadores. Segundo, porque en la mente de los patrocinadores, de la que con demasiada frecuencia participan los investigadores, el propósito que guía la investigación es el poder. Está fuera de consideración el deseo antiguo de conocer la estructura de la realidad para asumirla antropológica y éticamente. Que así habría que entender la imitación de la naturaleza: como una trasposición superadora de registros y no de un modo mimético.

Sin embargo tampoco ellos llegaron a un genuino universalismo. La falta de trascendencia del Logos, identificado con la estructura de la Naturaleza ("Natura sive Deus" diría después Spinoza), si bien contenía grandeza ética al descentrar al sujeto, en definitiva tenía un sesgo trágico por la impersonalidad del conjunto, aunque se lo personificara religiosamente. Al concebir la Naturaleza como el despliegue de algo prefijado, la libertad no puede ser otra cosa que la aceptación de la necesidad. De ahí, a la aceptación de los órdenes jerárquicos sociales (aunque no de sus abusos) no hay más que un paso, que la mayoría dio demasiado fácilmente, si no es que reducían su realización humana al campo de la interioridad, como santuario del yo auténtico.

Para los cristianos el cosmopolitismo se afinca antes que nada en nuestra común carne humana: en que venimos de un mismo filum, en que todos pertenecemos a la misma especie humana, a la misma familia. Esta unidad real se refuerza por la participación humana del mismo logos universal. Con esto queremos decir que si nosotros participamos de la estructura lógica del universo, participamos de un modo creador. El despliegue de la realidad no está predeterminado sino que es susceptible de novedad: la novedad, por ejemplo, que constituimos los seres humanos respecto de los seres de los que provenimos, y la novedad a la que la humanidad puede conducir consigo al resto de la realidad. Es cierto que la posibilidad del uso de la libertad depende de tener en cuenta la estructura lógica de la realidad, su legalidad, a sus diversos niveles. Pero hacerse cargo de la realidad no tiene un sesgo trágico porque la realidad es abierta. Existe una genuina libertad, tanto en el origen o

fundamento trascendente de la realidad como en los seres humanos. El logos trasciende absolutamente a la estructura lógica de la realidad y el Espíritu es libre del universo al que anima y de los seres humanos en los que alienta. Esta apertura a la genuina creación es la que impide la resignación a los órdenes, siempre provisionales, y mueve a la esperanza de que hay sitio para todos, lo que significa que podemos hallarlo y construirlo progresivamente. Así el universalismo, tanto de la carne y la sangre de la que todos estamos hechos, como del Logos y el Espíritu que nos iluminan y mueven desde su libertad trascendente, pide incesantemente expresiones éticas, sociales, económicas y políticas, en suma culturales, que lo vayan haciendo verdad realizándolo. Pide, pues, configuraciones que desechen cada vez más principios de exclusión y que por el contrario sean capaces de contener la diferencia como interna mediante relaciones simbióticas.

Así pues el universalismo al que impulsa el Espíritu no puede consistir en la homogeneización resultante de la imposición por la fascinación y la fuerza de unos agentes históricos, con sus reglas de juego y su mundo de vida, sobre los demás seres humanos y sus respectivas culturas. Eso intentó el helenismo de la koiné y de modo más totalitario el imperio romano. y eso ha venido persiguiendo el occidente de las naciones desde el siglo XVI hasta la figura histórica actual de mercado mundial totalitario bajo la égida de las grandes corporaciones transnacionales. La falta de reconocimiento de los que no pertenecen al conjunto hegemónico entraña la deshumanización de los que, al faltar al respeto a los que son distintos, se lo faltan a sí mismos. El resultado es la mercantilización de todos los campos de la existencia. Si nada ni nadie es sagrado, todo (incluidas las personas) queda degradado a la condición de bienes transables. En ese espacio vacío de interioridad no cabe la autenticidad. Así esos individuos podrán recorrer el mundo y hacer reportajes o estudios científicos sobre las diversas culturas y comerciar con todos los países; podrán estar conectados con otros de los cuatro puntos cardinales y tener presente (visualmente presente y reducido a magnitudes y vectores) a los diversos conjuntos que componen la humanidad. Pero esa universalidad está absolutamente objetivada. Es completamente heterogénea de cualquier interés genuinamente humano, de la apertura de la propia humanidad a la de los demás, de relaciones realmente humanas. Esta abstracción no es meramente metodológica. Es una mutilación real, indispensable para la mercantilización de todo. La insistencia teórica en que la economía es totalmente independiente de la ética es la justificación de la supremacía de la economía sobre la política y la subordinación de los políticos a los dueños del capital.

Hoy las masas tienen como escenario de los noticieros a toda la humanidad, pero no ya como interés y responsabilidad sino como espectáculo. Espectáculo que mata todo genuino interés y neutraliza cualquier tendencia hacia la solidaridad. Esta universalidad espuria es la negación de la universalidad hacia la que tiende la autenticidad.

El requisito de una genuina universalidad es la relativización de mí mismo al vivir en obediencia a ese impulso que me mueve desde más adentro que lo íntimo mío. Relativización, pues, de mi yo empírico, pero respeto total al misterio que alienta en mí y mueve todo mi ser, si le doy cauce. Esa relativización de cada aspecto mío es por eso relativización de la cultura a la que pertenezco; pero respeto absoluto también al Espíritu que la mueve trascendentemente desde dentro. Esa relativización posibilita estar en la verdad, en la realidad y ahí reconocer al mismo Espíritu en los otros, tanto en las otras personas de mi cultura como en los de culturas diferentes y en esas mismas culturas.

Hoy estamos arribando a la historia universal y es más fácil validar si existe realmente esta dimensión en nuestras vidas y en aquello de lo que formamos parte. Si he comenzado diciendo que para mí el aspecto que más me golpea de esta crisis civilizatoria es la polarización creciente, tanto en mi propio país como a nivel mundial, eso significa que quien aspire seriamente a una existencia auténtica en esta situación tiene que emprender la dirección opuesta a la que tiene vigencia: debe dirigirse hacia los excluidos. Vivir una dinámica de inclusión hoy es algo muy duro. Es nadar contracorriente. No sólo vamos a vernos privados de ganancias, seguridad y reconocimiento sino que nos van a ridiculizar. Sólo desde la fuerza, la alegría y la libertad que da el obedecer al impulso del Espíritu seremos capaces de persistir en esta dinámica. Que es ciertamente la dinámica del Espíritu.

### **Autenticidad y reconocimiento del pobre**

Desde lo dicho resulta patente que la opción por los pobres es una consecuencia necesaria de aceptar en principio a todos, de estar realmente abierto a toda la humanidad, de considerar a cualquier ser humano como a un portador del mismo Espíritu que late en mi interior.

Aunque el punto de partida fuera que se están encontrando civilizaciones en muy diverso grado de desarrollo, la apertura a todos consistiría en difundir personalmente los bienes civilizatorios y culturales que poseemos y abrirnos a lo mucho que sus culturas nos pueden aportar. Lo mismo podríamos

decir si la situación dentro del propio país pudiera definirse como la yuxtaposición entre un segmento tradicional rutinario y un polo moderno dinámico.

Pero no es éste el caso. Además de eso, hay que decir que el sistema dominante, montado sobre la mercantilización de todos los ámbitos de la existencia, polariza, abre un abismo entre unas naciones y otras y en el interior de cada una; excluye ya que, al excluir del mercado y rechazar cualquier otro principio de inclusión, deja afuera a sectores cada vez más vastos de la población. Es un dato incontrovertible que la diferencia entre los más ricos y los más pobres a nivel mundial se está incrementando exponencialmente en las últimas décadas. Lo mismo pasa en cada país. Y por lo que toca a la región latinoamericana es la que alcanza cotas más elevadas de desigualdad.

Si ésta es la situación y sobre todo si ésta es la dinámica, es obvio que aceptar a todos no puede significar otra cosa que ir contra esta dinámica, es decir incluir a los que el sistema excluye. Esto es lo que se propone la opción por los pobres. Y se lo propone en dos dimensiones: ante todo la dimensión individual, que consiste en que yo me sitúo ya vuelto hacia los pobres, es decir que los incluyo en mi mundo de vida, que no los desconozco en mi vida sino que los reconozco, que los miro, que los oigo, incluso que algunos de ellos forman parte de mi grupo de referencia. Pero además implica una dimensión estructural: en mi actuación ciudadana y política hago todo lo posible porque se revierta la dinámica establecida, y lo mismo a nivel de modo de producción. Y esto no de una manera meramente ideológica (es decir, genérica y declarativa) sino lo más concreta posible para que se entable un proceso a niveles y velocidades distintas, pero que sea real, es decir sostenido y progresivo.

Desde la autenticidad esta opción por los pobres se plantea no como un peaje o un sacrificio sino como una condición indispensable para desalienarme y llegar a mi condición de persona, y como un camino que exige renunciaciones, pero que conduce a la alegría; es decir, como una buena nueva no sólo para los pobres sino en la misma medida para los no pobres, que de este modo entran en el cuerpo social de la humanidad y reciben el reconocimiento personalizador de sus hermanos los pobres. Es cierto que este camino implica la renuncia a un tren de vida y a un gasto de energía que no son universalizables, y esta renuncia es verdaderamente costosa, pero también conlleva desprenderse de muchas frivolidades alienantes y conduce a entrar en la realidad y en la familia humana.

Es claro que la opción por los pobres así concebida es una opción preferencial y nada tiene de común con la opción por la clase obrera dentro del horizonte de la lucha de clases. Esa fue una opción excluyente que no sólo endureció a los diversos grupos sociales y provocó una represión absolutamente desproporcionada, verdaderamente salvaje, que deshumanizó muy hondamente a quienes la concibieron y respaldaron, a quienes la ejecutaron y también a quienes se resignaron fácilmente a ella como un mal menor, sino que también vulneró la humanidad de quienes la propalaron y pusieron en marcha entre las masas, aunque llevaron la peor parte. La autenticidad, como obediencia al Espíritu que impulsa en el interior de cada uno, es incompatible con la lucha de clases.

Sin embargo, la autenticidad vivida desde el cristianismo, no sólo lleva a la opción por los pobres, tal como se ha desarrollado hasta aquí, sino que la entiende como primigenia voluntad de Dios, como revelación de su misterio, un misterio de condescendencia, de predilección: Dios opta por los pobres porque los quiere con un amor respetuoso y tierno, de tal manera que es el Dios de ellos, que les pertenece. Como se ve, esto es algo más que un camino necesario de universalización. Pero hay más, no sólo Dios es su Dios y quiere reinar en sus corazones trayendo la dicha al que cree en este designio inaudito, sino que Jesús se ha identificado con ellos de tal manera que lo que se hace con ellos, en positivo o negativo, se hace con él y de nuestra relación con ellos depende que nuestra vida se colme o sea un completo fracaso.

Esto siempre ha estado claro en la espiritualidad cristiana, de tal manera que se puede afirmar que generalmente los santos se han distinguido por una dedicación preferencial, esforzada y respetuosa a ellos. Sin embargo actualmente esto resulta mucho más patente y particularmente en América Latina, tanto que la opción por los pobres, como elaboración teórica y como práctica heroica y creativa, es el mayor aporte de la Iglesia latinoamericana a la Iglesia universal. Así lo ha reconocido el papa Juan Pablo II y los teólogos de más envergadura, lo mismo que organizaciones cristianas de muy diversa índole.

Actualmente es claro que sólo desde la autenticidad puede practicarse una opción por los pobres como la descrita. Existe, es verdad, lo que se llama ayuda humanitaria en la que con demasiada frecuencia la relación se entabla de modo unidireccional y vertical y, por qué no decirlo, de sujeto a mero destinatario, por no decir objeto. Pero una opción que no equivalga a una dádiva episódica o a una dedicación profesional (eso pasa en la mayoría de las ONGs) sino que

englobe de modo estable la vida privada y que se manifieste en relaciones personalizadoras (sean cortas o largas) sólo se lleva a cabo por autenticidad.

Este tipo de relación no sólo no está bien visto sino que se lo descalifica sistemáticamente, cuando es algo más que una dedicación completamente particularizada o una salida original y un tanto pintoresca. En este punto el ambiente establecido difiere radicalmente del que existía, por ejemplo, entre los años 60 y mediados de los 80. La opción por el desarrollo del tercer mundo era una de las opciones dentro del horizonte compartido, lo mismo que la de optar por la justicia social o por la concientización y organización del pueblo. Esto podía llevarse a cabo muy ideologizadamente, pero también muy generosa y vitalmente. Hoy esa posibilidad queda completamente descartada, más aún estigmatizada.

Hoy la consigna es abandonar al tercer mundo a su suerte y atender de modo asistencialista al cuarto mundo del primer mundo y a su correspondiente en el tercer mundo que podemos llamar quinto mundo. Ésa es la consigna. En realidad el cuarto mundo cada vez crece más en los países desarrollados. Y respecto del quinto mundo no parece que el interés vaya mucho más allá de campañas (por ejemplo con refugiados o niños de la calle) que tengan amplia cobertura en los medios de información (y propaganda) masivos. Por lo que respecta a América Latina hasta la institución eclesiástica ha caído en el señuelo de ladear al pueblo y a los pobres para concentrarse en la pobreza más escandalosa.

Frente a esta tendencia, sigo creyendo que la opción por los pobres a la que nos llama el Espíritu es por los pobres, por los simplemente pobres, por la masa de los pobres, o simplemente por las mayorías, a las que no se les reconoce en la práctica ni el derecho elemental de ciudadanía, es decir, a las que no llega el estado de derecho. Sólo el pueblo y los pobres pueden ayudar eficazmente a los más pobres. Hasta ellos y sus organizaciones deben llegarse quienes no son del pueblo, si quieren ayudar integralmente a los más pobres. Pero el pueblo también está gravemente tentado por la lógica del sistema. Él también está presionadísimo para que mire hacia arriba, que es fuera de su ámbito y busque salir por todos los medios y para eso ponerse de espaldas a los suyos. Él necesita que gente no popular opte por ellos para que puedan volver sobre sí. Necesita de la alianza de gente no popular. Pero esa alianza sólo será positiva, si se realiza desde la autenticidad.

En efecto, incluir a los pobres carece hoy de todo atractivo. Es visto como algo sumamente desgastante, lento, incluso frustrante. Y sin embargo esto sólo

es así cuando se mantiene con ellos una relación ilustrada, es decir a partir del paradigma de la cultura occidental mundializada, desconociéndolos como seres culturales y espirituales, y apagando, por tanto, el clamor y la moción del Espíritu en uno mismo. Desde la autenticidad, por el contrario, sin que desaparezcan mágicamente ninguna de las dificultades, uno echa la suerte con ellos (pues a eso lleva el Espíritu de Dios y de Jesús) y al contemplar la acción del Espíritu en ellos, desaparece toda tentación paternalista y se instaura una relación interna, horizontal, bidireccional. Y se queda en ese mundo agradecidamente, así como agradecidamente lo reciben en su casa.

No es bueno para la humanidad que una figura histórica borre de su horizonte la inclusión sistemática de los pobres; es más bien una tragedia. Y precisamente porque el peso establecido cercena esta posibilidad, por eso sólo desde la libertad y la fuerza que da entregarse a seguir el impulso del Espíritu en uno es posible vivir hoy la opción por los pobres. Tanto que el grado en que existe esta opción es un buen termómetro para medir el nivel de autenticidad.

Pues bien, hay que decir que en el primer mundo están en alza las minorías auténticas. Y tras el horror paralizante de los regímenes militares y la cadena pesadísima de la imposición del mercado totalitario, también en América Latina está creciendo el número de los que se atreven a vivir creativamente desde la autenticidad.

### **Obsesión y autenticidad**

No sólo eso, hay que decir con alegría que, a pesar de que la propuesta vigente los empuja compulsivamente en la dirección contraria, no pocos entre los propios pobres continúan optando por ellos mismos. Ahora, cuando ya no puede invocarse a la cohesión campesina tradicional (la solidaridad mecánica de los sociólogos), cuando no existen proyectos históricos ni organizaciones de masas que enarbolan la conquista del poder como señuelo que arrastre, cuando se ha hecho todo lo posible por destruir todos los cauces de socialización en las culturas populares, cuando se niega hasta su misma existencia o se las estigmatiza, hoy sigue habiendo pobres que optan por los pobres. Que optan desde lo mejor de ellos mismos y hacia lo mejor de los demás. Que optan con libertad, con misericordia, con respeto. Que optan como expresión de humanidad y para mantener la humanidad. El contenido de esta opción es lo mínimo que es lo máximo: la vida, la vida en sus múltiples manifestaciones; pero la vida, eso que no pueden dar por supuesto sino que es su objetivo indeclinable, porque están excluidos de los cauces establecidos para salvaguardarla y acrecentarla.

Los que con gran esfuerzo logran cubrir sus necesidades básicas, quienes sólo alcanzan a conseguir las mínimas y quienes ni a éstas pueden llegar tienen una dificultad especial para vivir humanamente. La enorme precariedad, unida a la constante inseguridad, crispa y descorazona. El trabajo agotador que da tan escasos frutos es proclive a la postración. La tensión que provocan tantas urgencias que deben ser atendidas perentoriamente y a las que no hay fuerzas para atender al mismo tiempo tiende a descargarse traumáticamente entregándose a las pulsiones más elementales y negativas y echándolo todo a rodar. No es de extrañar que en esas circunstancias campee la violencia horizontal y el desprecio como reflejo de tanta violencia y desprecio sufridos. Lo que constituye un verdadero milagro es que tanta gente no se eche a morir y se resista a faltarse el respeto y a faltarle a los demás y dé el reconocimiento que le negaron a él, y con empeño renovado salga cada día a buscar la vida, y se rehaga de postraciones, heridas y caídas y siga en esa lidia que no cesa, y a pesar de todo viva una vida que se puede llamar con toda propiedad humana.

García Márquez dando la clave de Cien años de soledad, que es como la clave de esta historia nuestra, dice hacia el final de la novela: "entonces aprendieron que las obsesiones dominantes prevalecen sobre la muerte". Se refería indudablemente a la obsesión del amor. Pues bien, yo creo que el conato agónico, es decir esa lucha por la vida contra la muerte que libra el pueblo latinoamericano secularmente, es la obsesión dominante que hasta ahora ha logrado prevalecer sobre tanta muerte.

Es una obsesión que le posee a la gente como muchas culturas piensan que los espíritus se incorporan en las personas expresándose a través de ellas. La comparación es porque el sobreponerse a la adversidad que abate hasta el aplastamiento o a desgarraduras internas que desquician hasta la esclavitud exige una fuerza tan superior a las fuerzas de la persona que perecería salir de algo que hay en uno que halara de uno sin compasión. Aunque ese espíritu que empuja cuando ya no queda ningún resorte, esa fuerza de vida que le arrastra a uno cuando parecerían haberse acabado todas las fuerzas, se siente como lo mejor que hay en uno; como lo que, experimentado de pronto como desdoblado de lo demás y tironeado de ello, lo hace poniendo todo en movimiento, vigorizándolo, haciéndole justicia y articulándolo, dirigiéndolo al mismo fin, unificando el ser hacia la vida humana.

Esa obsesión, fundamentalmente constructiva, no es un rasgo cultural, aunque haya sido la fuente más inviolable de cultura. Es la forma más alta de la autenticidad de la que vengo tratando. Es, pues, obediencia a ese impulso del Espíritu que mueve desde dentro, pero trascendentemente, es decir desde más

allá de la propia resistencia física, incluso cuando se acabaron las motivaciones, hasta cuando lo que provoca es no hacer nada o hacer algo descabellado. Aunque también apoyándose en todo lo que encuentra a su paso: la memoria de esperanzas ancestrales; el sentido de oportunidad para aprovechar las ocasiones; el sentido práctico, la habilidad para convertir en objetos útiles cosas bien precarias, la curiosidad por los instrumentos y la capacidad para manejarlos; el sentido estético, la apertura a la belleza, tanto para disfrutar de la vida como para crearla en celebraciones; las redes de ayuda mutua; y de una manera particular la fe, el saber que, careciendo de tantas cosas, cuenta con Dios, que no falla.

Sobre todas las clases y culturas, en cada uno de los seres humanos, alienta el Espíritu y en cualquier ámbito es posible y de hecho existe la autenticidad. Califico a la obsesión como la forma más alta de autenticidad sobre todo por su carácter agónico. En el fondo siempre es lo mismo obedecer al Espíritu. Siempre está en juego la humanidad o la deshumanización, que en definitiva equivale a la vida o la muerte. Pero en la obsesión está, digamos, en estado químicamente puro. Sin la obsesión no es explicable que aún haya vida humana en los barrios de nuestras grandes ciudades, más aún que en ellos se encuentre la flor de la vida y de la humanidad. Una energía menor y menos constructiva y creadora sería insuficiente para sobreponerse de tantos factores que empujan a la deshumanización.

Estamos en presencia de la dialéctica negativa, que nos ha salido al paso repetidamente. Es lo que decía san Pablo: “la fuerza (se refería a la del Espíritu) actúa con toda su eficacia en la debilidad”. Y concluía: “por eso, cuando estoy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12,9-10). En el caso de la obsesión la debilidad es ciertamente carencia, pero más aún privación injusta. El sistema abandona y el Espíritu da prestancia a los abandonados. El mismo Pablo lo explica con otra expresión más paradójica y aun escandalosa: “donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia” (Rm 5,20). En el barrio abunda el pecado de sus habitantes, pero sobre todo se materializa el pecado del orden establecido, su falta de responsabilidad. Pues, bien, en estos Nazarenos sobre los que esta figura histórica carga esa pesadísima cruz, el Espíritu derrama sus energías creadoras, su dinamismo de vida, su fuerza de bien.

Naturalmente que es imprescindible secundar este impulso, porque el Espíritu sólo actúa desde nuestra libertad. Y no todos los pobres le dan cauce en su vida, ni los que se dejan configurar por él lo hacen siempre e incondicionalmente. Pero es cierto que ellos, precisamente por su pobreza y su abandono, sentidos tan duramente, pueden estar más dispuestos a pedir esta

fuerza que necesitan y a abrirse a ella con agradecimiento. Los que nos consideramos bien provistos de dotes humanas y bienes civilizatorios y culturales tendemos a contentarnos con esa existencia genérica de miembros de una cultura milenaria y proteica, y difícilmente advertimos nuestra falta de trascendencia, la condición impersonal en la que yacemos, y más aún nuestra alienación y despersonalización.

Por eso es una altísima gracia de Dios ser capaces de reconocer la obsesión en el mundo de los pobres y participar de algún modo de ella. Éste es, a mi modo de ver, el contenido más concreto y trascendente de esa expresión: “ponerse en el discipulado del pobre”, que tanto se repitió en América Latina por los años 60 y 70, recogiendo tan adecuadamente la dirección vital de algunos, y la profesión solemne, bienintencionada pero vacía de los que se desplazaron a ese medio físico sin dejar en absoluto sus paradigmas.

Quiero insistir en la paradoja de esta constatación, que es también propuesta. Es cierto que he reconocido que esta crisis civilizatoria se presenta como oportunidad porque los bienes civilizatorios de la última revolución tecnológica son prácticamente imprescindibles para que haya vida para la especie humana; y encauzados en los bienes culturales que circulan en esta figura histórica pueden ayudar grandemente para que esa vida pueda ser calificada como verdaderamente humana. Desde la espiritualidad cristiana decía que en los equipos que descubren, perfeccionan incesantemente y logran que sean técnicamente universalizables estos bienes civilizatorios alienta el Espíritu creador, el Espíritu de esa palabra (Logos) que es luz del universo, que desde su trascendencia da sentido (lógica, estructura inteligible, digamos, matemática) a lo que existe. También alienta en los que promueven sin descanso los bienes culturales, tratando de avanzar penosamente a través de compromisos que resultan paulatinamente menos insatisfactorios. Y sin embargo mi hipótesis es que el Espíritu alienta de modo más soberano, trascendente y humanizador en los que son movidos por lo que he llamado la obsesión.

La propuesta que hay en esta fenomenología del actuar del Espíritu hoy es que se tienen que encontrar estos tres tipos humanos animados por el Espíritu para fecundarse mutuamente. Para mí resulta obvio que sólo se pueden encontrar en el mundo de los pobres. Lo que significa que el sujeto que presuponen sus investigaciones y su acción societaria y política no puede reducirse ni a los dueños del capital ni a la comunidad científica ni a los desarrollados de los países desarrollados sino que debe extenderse de modo explícito a toda la humanidad en el seno de la tierra y el universo. Pero la

inclusión de los pobres (que son las dos terceras partes de la humanidad) no llegará a acontecer mientras sean para ellos una magnitud meramente carenciada, negativa. Sólo la conciencia de que en ese mundo sopla el Espíritu de modo determinante y de que en ese mundo se encuentran quienes se entregan a él de modo más trascendente, puede llevar a unas relaciones realmente horizontales, respetuosas, mutuas, en las que el punto de partida sea la admiración por la fuerza de la obsesión, es decir el discipulado del pobre.

Muchas cosas, casi todas, conspiran para que no se dé este encuentro histórico. Si no se da, hay más probabilidades de que la crisis civilizatoria desemboque en una catástrofe. En este punto los portadores de los bienes culturales más universalizables de esta figura histórica estarían llamados a hacer de puente. Ésa es una grave responsabilidad histórica.

### **¿Y el amor al prójimo?**

Si el impulso del Espíritu lleva a reconocer al otro, es decir a una relación en principio universal y concretamente universalizable (lo que no significa, como vimos, homogeneizadora) y si precisamente por eso privilegia a los excluidos, a los pobres, surge la pregunta por el amor al prójimo, en el sentido literal de próximo, el del entorno de uno, el que pertenece a su mundo de vida y a su grupo de referencia; el conocido, el amigo, el familiar. Parecería altamente paradójico que esta relación, tan natural, no fuera portadora de autenticidad. ¿Qué decir al respecto?

Primero que todo habría que notar que analizando la situación (tanto en el occidente desarrollado, sobre todo en Europa, como en las clases medias y altas de nuestras sociedades, que de algún modo pertenecen a él) descubrimos que los lazos familiares (tanto en el sentido restringido de la palabra como en el amplio que equivale a etnia) están altísimamente considerados; prácticamente son lo únicos lazos amorosos y en cierto sentido gratuitos; y sorprendentemente se avienen muy bien con el estilo anónimo, frío y ferozmente competitivo que campea en las relaciones societales.

Las dos interpretaciones del hecho serían: la primera que la familia es el último refugio de humanidad en esta sociedad endurecida, el hogar en el sentido más denso de la palabra, en un mundo que ya no es hogar sino campo de batalla; y la segunda, que el hogar familiar, funcionando compensatoriamente respecto del desconocimiento y agresividad ambientales, es la condición de posibilidad para que se mantenga y funcione expeditamente este mercado totalitario y por ende deshumanizador. Quizás

ambas interpretaciones correspondan a dos modos de vivir las relaciones familiares, que, aunque a veces se yuxtapongan, en sí mismos son contradictorios y a la larga así se manifiesta más o menos claramente.

En la primera hipótesis el objetivo de las relaciones es la humanización de quienes las contraen. Desde lo dicho anteriormente, éstas son relaciones trascendentes y por tanto en principio abiertas y las anima el Espíritu Santo. Son un camino de autenticidad. Se entra a ese ámbito cualitativo para ejercer de la manera más generosa y desarmada lo que en principio se desea extender a todos los ámbitos de la vida. Naturalmente que en cada uno de ellos con la legalidad que le es propia y que no se puede trasvasar sin más al otro, pero con la misma finalidad humanizadora.

¿Por qué la familia puede cumplir ese papel? Porque ha sido la primera escuela de salir de uno mismo, de ponerse en el lugar de los demás, de tenerlos en cuenta como son, de sacrificarse por ellos, de buscar sinceramente su propio bien. La experiencia de crecer juntos, de crecer al compartir, al pedir y dar, al dar lugar, al reconocer que uno no es el centro del mundo, que es más hermoso poner en común en un espacio policéntrico donde caben todos como son y para ser más y mejores, esa experiencia se asume como matriz de las demás experiencias. La sociedad no es lo mismo que la comunidad; pero trasponiendo los registros, se quiere continuar en la misma tónica. Naturalmente que esta experiencia nunca se da en estado químicamente puro; pero, sí es cierto que no son excepción las ocasiones en que, a pesar de egoísmos privados o de grupo, esta dirección es la que lleva la voz cantante, la que inculcaron los padres, aun en medio de sus contradicciones, y la que acabaron por aceptar los hijos. Si éste es el enfoque prevalente hay que decir que entonces la familia es escuela y cauce de autenticidad. Por eso esta dirección vital no se resigna a la alienación propia y deshumanización ajena que induce este mercado totalitario, y lucha en lo que está de su parte porque el mercado se restrinja al ámbito de los bienes transables y se combine con otros dinamismos.

Sin embargo también se da la vivencia del ámbito familiar meramente compensatoria. En esta dirección vital no se busca trascender sino sólo desaguar las energías amorizantes, de modo que, quedando satisfecho ese ámbito del propio ser, pueda salirse al mundo de la competencia a jugar su juego sin que asalte la tentación de cambiar la seña. Los campos están perfectamente delimitados y en cada uno de ellos se viven con intensidad sus respectivas reglas. La familia sería así el alma de este mundo desalmado, es decir lo único que él tiene de cálido y por lo que se proclama que se soporta el desgaste del mercado. Es decir lo que en la ideología dominante lo justifica y

lo mantiene. En esta manera de vivir la familia no hay ninguna trascendencia, no hay Espíritu, no cabe la existencia auténtica. Una vida familiar así no pasa de ser egoísmo refinado.

La malicia de esta vivencia está cuidadosamente oculta a los ojos de quienes la practican. Por el contrario, todos se esmeran en poner lo mejor de sí para que los encuentros resulten gratificantes; y así suele suceder, y por eso se anhelan, se preparan, se celebran en el recuerdo. Y sin embargo en ellos nadie busca el bien del otro sino sólo su bienestar; y por eso se dejan de lado todos los temas que contengan alguna trascendencia e incluso los problemas y procesos personales, y todos se atienen cuidadosamente a los límites de lo implícitamente pautado que es lo consuetudinario: una abundancia compartida llena de hermosos (o hermoeados) recuerdos. Es un ámbito cerrado sobre sí que no propicia aperturas personales. Un rito lustral que permite volver a la guerra con tranquilidad de conciencia, es decir sin conciencia, atenidos meramente a las reglas de juego y jugándolas a su favor. Este espíritu de cuerpo, que es de gueto, está tan a la medida del sujeto que propicia esta figura histórica que en la práctica sustituye al Espíritu Santo, y tan perfectamente que al parecer lo apaga dentro de uno, es decir que se sacraliza a ese espíritu de familia y no llega casi a sentirse el impulso del Espíritu. Ya no se siente la inautenticidad.

Esta enfermedad espiritual es muy característica de los ambientes medios de esta figura histórica. Y su cura es muy difícil porque ni siquiera es captada como enfermedad. Por el contrario, esta vivencia es asumida como el síntoma de la buena salud humana de que se goza. Y así en punto a humanidad se acaba convertido sin darse cuenta en un cadáver ambulante. De este tipo de relación dijo Jesús: “Si aman a quienes los aman ¿qué mérito tienen? ¿No hacen eso mismo también los descreídos? Y si no saludan sino a sus familiares ¿qué hacen de particular? ¿No hacen eso mismo también los que no conocen al verdadero Dios?” (Mt 5,46-47).

Así pues, en el designio de Dios el amor al prójimo, al próximo y señaladamente a la familia, es la pedagogía normal para salir poco a poco de sí, con dolor, pero también con gozo. El amor al próximo es el camino para aproximarse al que necesita de nosotros. En este amor nos hacemos prójimos de él porque lo queremos y porque nos necesita. Continuando y trascendiendo ese impulso llegaremos a aproximarnos a quien nos necesita, aunque no lo conozcamos y por tanto aunque no sintamos amistad por él, pero sí sintiendo que es otro ser humano como yo que me necesita, sintiendo, pues, misericordia.

Así pasa no pocas veces. Pero hay que reconocer que la polarización creciente sólo se explica porque muchos practican el amor al prójimo de un modo cerrado y compensatorio, es decir para no tener que sentir misericordia con los extraños, para no aproximarnos a ellos, para no ayudarlos. El amor al prójimo, meramente por ser prójimo, no tiene gracia (cf Lc 6,33), no tiene Espíritu. Cuando alguien preguntó a Jesús qué hacer para llegar a tener vida perdurable, él no le señaló el amor al prójimo sino el aproximarse al necesitado (Lc 10,25-37). Ese es el camino de la autenticidad.

### **Lo comunitario y lo societal**

Desde lo dicho queda claro que la autenticidad nada tiene que ver con la división, presentada a menudo como dilemática, entre comunidad y sociedad. La autenticidad no equivale a la calidez de las relaciones con rostro y nombre propio, ni la inautenticidad por consiguiente es sinónimo de anonimato y en ese sentido de im-personalidad. Cada tipo de relaciones presenta dificultades especiales para la existencia auténtica y a la vez ofrece oportunidades peculiares. Por eso la autenticidad de ningún modo se decanta por uno de los dos ámbitos (sobre todo la propensión es a adscribirla al campo de lo comunitario) sino que por el contrario pide realizarse en ambos.

La palabra espiritualidad connota espontáneamente lo individual, lo privado y el círculo, prácticamente cerrado, de los iniciados. Pocas personas asocian espiritualidad con el anonimato de la existencia societaria, con el comportamiento en espacios e instituciones públicas, con la ubicación en macroinstituciones, con el manejo de los medios electrónicos de interconexión, menos aún con la dimensión política, y mucho menos todavía con el mundo de lo económico.

Esta es la división que no puede aceptar la autenticidad. La obediencia al impulso del Espíritu en uno lleva a la unificación de todas las dimensiones de la existencia. Respetando la lógica de cada una, pero imbuyéndolas del mismo espíritu. La globalización vigente se basa precisamente en el mantenimiento de compartimentos estancos. Cada ámbito es autónomo, incluso autosuficiente, y tiene sus propias normas. Lo único universalmente válido sería el derecho privado a la propiedad y la libertad, entendida como libertad económica irrestricta, por encima incluso de los Estados.

Son las grandes corporaciones transnacionales las que han difundido, incluso impuesto, esta ideología, para coparlo todo sin que nadie pueda reclamarles nada. Hay una contradicción entre la mundialización humana que

viene propiciando la revolución tecnológica y la privatización a ultranza que están llevando a cabo esas grandes corporaciones, cada día más interconectadas y cartelizadas. El sujeto actual de la globalización, las grandes compañías transnacionales, dificulta enormemente y en la práctica casi impide que las personas puedan expresar su condición de sujeto más allá del tiempo libre y aun entonces hay una verdadera compulsión hacia el consumo masivo pautado por ellas. Las transnacionales han intervenido las instituciones políticas (los Estados y los organismos multinacionales) y al convertirlos en instrumentos suyos los han vaciado de su propia legalidad y sustancia. Y así la subjetividad personal tampoco halla cabida en esas instancias. Ésa es la verdad, la miseria, del individualismo, tan cacareado. Es una falsa conciencia de sí, porque la omnipotencia proclamada se expresa en realidad de una manera teledirigida, tópica y en definitiva gregaria, masificada.

Mientras no se logre superar esa contradicción, las posibilidades de humanización latentes en la última revolución tecnológica (la ingeniería genética y la posibilidad de simultaneidad mundial serían dos novedades muy relevantes, además de la posibilidad técnica de recursos materiales para todos) quedarán frustradas. Y la aceptación de la condición de no sujeto, con la irresponsabilidad que conlleva, induce una deshumanización.

La autenticidad no se resigna a la coexistencia de la posibilitación científico-técnica con la castración que impone la dictadura de las transnacionales. No acepta dejarles el campo de lo societal y restringirse al individualismo castrado, que puede adoptar la versión del comunitarismo compensatorio. El Espíritu lleva por el contrario a la asunción concreta de la dimensión universal que posibilita esta figura histórica con sus potencialidades y responsabilidades. Eso significa que el esfuerzo de asimilar el manejo de la técnica que permite la mundialización es un trabajo espiritual, es una expresión de autenticidad; como también lo es el tratar de comprender el alcance de la mundialización de la economía para desechar tendencialmente los efectos deletéreos y asumir sus ventajas y las responsabilidades que entraña.

Eso significa que el Espíritu empuja en la dirección de los bienes culturales de esta figura histórica: cómo lograr políticamente (políticas culturales y actos administrativos de salvaguardia de la competencia) que el mercado se configure realmente como abierto, ya que hoy, en contra de lo que se proclama, no lo está; cómo luchar porque se decante la confusión que existe entre derechos de los asociados (que es lo que más o menos se respeta en los países desarrollados) y derechos humanos, que no son tales si no abarcan

efectivamente a toda la humanidad; como detener el arrasamiento de las culturas no occidentales que lleva a cabo la industria de los mass media y cómo emprender la dirección de una relación simbiótica no sólo entre manifestaciones culturales de diversas culturas sino sobre todo ente sus matrices culturales y entre sus portadores; como emprender una acción eficaz de salvaguarda de la tierra como un todo, detectando los problemas más medulares y no descansando hasta que impregnen el ambiente de modo que lleguen a asumirse como tales por las mayorías y se obligue a los responsables (en definitiva las compañías trasnacionales y los Estados) a poner remedio, esto tanto en cada país como a escala planetaria.

Con estos ejemplos quiero enfatizar que la autenticidad no se restringe sólo a algún nivel de la existencia, por ejemplo el de la relación con Dios, sino que se despliega en cada uno de los niveles de la vida y con especial interés en aquéllos de los de depende más que siga dándose vida y con su calidad de humana. Y queremos especificar que, si en la sociedad de masas que se fraguó en el siglo XIX y eclosionó en el siglo XX la dimensión societaria era particularmente relevante, en el siglo que se abre bajo la égida de la globalización y con el imperativo espiritual de convertirla en mundialización cualitativa y solidaria, esta dimensión es sencillamente decisiva.

Pero eso no significa que haya pasado de moda lo comunitario y lo interpersonal directo, barridos por lo global y lo virtual. De ningún modo. Si partimos de la autenticidad, es decir de la obediencia al impulso del Espíritu en nuestro interior, tenemos que reconocer el papel insustituible del individuo y por eso también de la relación interindividual y por ende también de la dimensión grupal y comunitaria.

Este cara a cara interindividual y grupal tiene dos expresiones fundamentales. La primera es la de proximidad natural y cultural, cuyo paradigma es la familia. Ya se insistió en que en los planes de Dios ella es el camino para descentrarnos, para obedecer en el sentido primigenio de escuchar obsecuentemente, es decir, con benevolencia y dispuesto a ayudar. Normalmente es un camino insustituible. Sin experiencias de proximidad gratuita y gratificante y a la vez exigidora y conductora hacia más allá de uno mismo, no es fácil comprender siquiera y menos aún practicar la autenticidad anónima.

Pero la segunda expresión es la de la aproximación a gente necesitada concreta. Es verdad que ojos que no ven, corazón que no siente. Por eso para Gustavo Gutiérrez el cara a cara, la proximidad, la ternura respetuosa, con

gente pobre es un trascendental de la teología de la liberación, junto con la contemplación (uno de cuyos aspectos es precisamente la autenticidad) y la práctica de la liberación. Es trascendental porque sin él la teología está vacía, es pura ideología. Y es trascendental irreductible a la práctica de liberación (acabamos de exponer varios ejemplos de ella al tratar de los bienes culturales a los que empuja el Espíritu hoy) porque sin ese cara a cara propende a endurecerse y convertirse en puro juego de fuerzas. Así como también la ternura sin la práctica de liberación puede degenerar en mero sentimentalismo que no busca el bien del otro sino satisfacer la propia sensibilidad. Por eso he venido insistiendo en que la autenticidad lleva a algún tipo de inmersión en el mundo de los pobres, que puede ocupar poco tiempo, con tal de que no sea episódica sino con una periodicidad corta (por ejemplo semanal) que la convierta en una perspectiva permanente.

### **Autenticidad y reconocimiento de los condiscípulos**

Acabé la caracterización de la autenticidad subrayando la importancia de que se reconozca que el Espíritu al que obedecemos es el de Dios, más aún el de Jesús. Correspondientemente quiero cerrar este apartado sobre el carácter constitutivamente relacional de la autenticidad indicando que para quienes identifican al Espíritu que les mueve como de Jesús una relación específica a la que lleva el Espíritu es con aquéllos que en obediencia al Espíritu común ponen la vida en seguir a Jesús, haciendo en su situación el equivalente de lo que Jesús hizo en la suya.

La relación con los adscritos a la misma religión que uno, al mismo proyecto pastoral e incluso a la misma parroquia y dentro de ella al mismo grupo es una relación ambivalente. Si tomamos en cuenta lo que esas instituciones, estructuras y grupos proclaman como sus objetivos esa relación es enteramente espiritual y trascendente. Y sin embargo en lo que esa institución religiosa y las instancias que la componen tiene de expresión de una cultura determinada, incluso de un orden establecido, la relación de los miembros entre sí puede moverse en un nivel meramente étnico, en la medida en que se han dejado configurar por las potencialidades y limitaciones inherentes a esa cultura. Ya desde el comienzo el grupo que seguía a Jesús, en buena medida seguía sus propias concepciones mesiánicas y trataba de que Jesús adoptara la figura con la que ellos lo habían concebido. Así aparece consagrado honradamente en los evangelios.

En la medida en que la institución eclesíástica en cualquiera de sus

instancias identifique sus propios propósitos con los del Espíritu de Jesús no da lugar a una relación en la autenticidad ya que sustituye la libertad del Espíritu con su legalidad sacralizada. Esto en alguna medida sucede siempre, tanto a los niveles de grupos como en las instancias intermedias e incluso en las más altas. Como también sucede en cada individuo. Por eso, la necesidad de un discernimiento continuo y más aún de una continua reforma. Y la importancia decisiva de que todos en la Iglesia reconozcamos públicamente que nadie posee automáticamente al Espíritu, que todos tenemos que cultivar la actitud de apertura a él, de búsqueda incesante y compartida, de obediencia.

Pero teniendo siempre presente la realidad de la equivocación y la infidelidad, sí es cierto, sin embargo, que el Espíritu mueve a los creyentes en Jesucristo a formar un solo cuerpo. No un cuerpo masificado, resultante de la heteronomía consecuyente y consentida, sino un cuerpo personalizado que se va formando al poner cada quien a disposición de los demás los dones que le han sido dados.

Cuando la disposición a obedecer al Espíritu común, reconocido como de Jesús, va siendo la dirección dominante en la vida, la relación con los discípulos siempre es para bien porque hasta las equivocaciones e infidelidades sirven, ya que uno no quiere aferrarse a ellas sino que sólo busca transformarse según la mentalidad y las actitudes de Jesús y desde ellas dar de sí para la edificación del cuerpo.

Eso no significa que con estas disposiciones de fondo se va a llegar a una armonía preestablecida. Pueden darse divergencias serias y dolorosas, pero que no anulan la comunión sino que la purifican y ahondan, ya que, al hacerse indispensable ir hasta la raíz de la unión, se relativizan los propios caminos y se los vive con sencillez y apertura, a la vez que uno se obliga a poner signos que expresen la comunión en medio de la divergencia.

Siempre existirá la multiplicidad de caminos e incluso la divergencia. Pero es importante anotar como signo de genuinidad que el movimiento fundamental del Espíritu no es adversativo sino constructivo. El Espíritu mueve a llevarse mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana. Desde el compromiso individual que lleva a cada quien a cargar responsablemente con su propio bulto, como parte de esa misma responsabilidad, cada quien ayuda al discípulo a cargar con el suyo y pide también ayuda con sencillez para llevar el propio. En esta reciprocidad consiste la Iglesia y ella la constituye en sacramento de salvación. Quiero precisar que este conllevarse se da al nivel del discipulado y por tanto es

común a todos los cristianos y anterior a las diferencias funcionales, aunque éstas coadyuvan secundariamente. Nos vamos haciendo cristianos juntos. A este nivel primordial no existen diferencias de dones o ministerios. La única jerarquía es la de la santidad. Pero si la santidad es dejarse configurar por el movimiento del Espíritu en uno, sirviendo así de canal expedito para su acción, como el Espíritu alienta en cada quien personalmente, el conllevarse es siempre personalizado. Nadie sustituye a nadie y cada aporte es único. Por eso todos son necesarios.

La sacramentalidad de la Iglesia consiste en señalar el destino de la humanidad, que es llegar a formar el mundo fraterno de los hijos de Dios, y en constituir su embrión. Por eso la Iglesia es sacramento en cuanto de los diversos hace un solo cuerpo sin sacrificar la diversidad. Es el paradigma de Pentecostés, frente a la homogeneización impuesta que es el paradigma de Babel. Pentecostés es entender y entenderse en muchas lenguas; es la unidad del mismo Espíritu que a la vez pone la diversidad y la mantiene en comunión. Babel es la única lengua al servicio de un proyecto despótico de confrontación y de extrañamiento de la tierra. Por eso la Iglesia no es sacramento en cuanto se configura como archipiélago de grupos homogéneos cerrados sobre sí mismos, ni tampoco cuando se presenta como una masa sin iniciativa, uniformizada por la normativa doctrinaria, disciplinar y ritual. Tampoco son sacramento las comunidades, si no son estructuralmente abiertas, tanto entre sí como respecto de la gran Iglesia como sobre el medio en el que están insertas.

No podemos decir que lo que caracteriza al cristianismo actual sea ese conllevarse. Aunque también hay que afirmar que esa dirección del Espíritu nunca estuvo ausente del todo en la Iglesia y siempre reflorece en las épocas de reforma. En el movimiento que posibilitó el concilio Vaticano II estuvo muy presente esta dirección de la edificación mutua y el propio concilio fue un ejercicio sobresaliente de la misma, ya que no se trató de una lucha por el control del aparato eclesiástico ni de una discusión ideológica ni de una confrontación cultural sino sobre todo de una práctica de corresponsabilidad, de escucharse, de tenerse en cuenta, de aportar y recibir, de formar un cuerpo dando lugar a cada uno y transformándose cada uno para que cupieran los demás; y no sólo los otros que participaban de la discusión sino sobre todo la humanidad, a la que se llevaba solidariamente y a la que se quería servir desde abajo.

Si en todo el mundo existen (cada vez más vivas, aunque aún minoritarias) Iglesias particulares en forma de comunidad de comunidades, que se entienden como levadura en medio de la masa, y que pueden realizar esta función porque

en su interior ejercitan la ayuda mutua desde el respeto y la libertad, este movimiento caracteriza sobre todo a América Latina. Precisamente fue en Puebla donde en 1979 la Iglesia latinoamericana optó por constituirse a partir de las comunidades eclesiales de base. Este año, recogiendo el clamor del sínodo de las Américas, Juan Pablo II insiste en que la evangelización de las grandes ciudades deberá llevarse a cabo a través de comunidades y grupos de cristianos intensamente personalizados y activos que se articulan entre sí y que se integran participativamente en su medio (Ecclesia in America 41).

Hoy, el cambio de época, los muchos sufrimientos y el desgaste han decantado lo que eclosionó en los años 60 y 70. ¿Qué es lo que queda? Comunidades formadas por pobres con espíritu (es decir, por pobres que han recibido la bienaventuranza de que el Reino es para ellos y se esfuerzan en vivir a partir de ese evangelio) y agentes pastorales, con los que se van encontrando solidariamente personas y grupos de otras clases sociales y del primer mundo. Ese llevarse mutuamente va dando lugar a algo incipiente que podría caracterizarse como Internacional de la Vida. Esta creación en ciernes del Espíritu desborda con mucho las fronteras del cristianismo, pero está presente en él fecundándolo.

El mayor fruto de este encuentro entre agentes pastorales y gente pobre en el seno del pueblo y desde la fe y en esta estructura horizontal del llevarse mutuamente es la transformación de los pobres en pobres con espíritu y de los agentes pastorales en pobres de espíritu, y la puesta en marcha de un ecumenismo de base, que no se refiere sobre todo a la relación entre las diversas confesiones cristianas (aunque lo abarca) sino a la relación entre cristianos de ámbitos muy distintos, que se reconocen mutuamente, que se tratan con respeto, que se quieren como hermanos, y que apuestan por sembrar esta semilla en los ámbitos donde viven. Por aquí pasa sobre todo la sacramentalidad carismática de la Iglesia hoy.

No arranca, insisto, de ideologías, de proyectos históricos, de grandes planes sino de este llevarse mutuamente en la fe, en el amor de hermanos y en la vida cristiana. Todo esto de modo eminentemente respetuoso y tierno, pero a la vez sobrio y abierto. Y teniendo como eje a los pobres con espíritu, aunque incluyendo a personas de todas las clases sociales y culturas. Por ahí va, pienso, lo más específico y prometedor de la espiritualidad cristiana, lo que puede aportar una semilla capaz de estar a la altura de la crisis civilizatoria, atravesarla sin perder el alma sino humanizadamente y constituirse en caldo de cultivo de figuras alternativas.

## Autenticidad y relación con Dios y con Jesús

He insistido en que la autenticidad, como es constitutivamente relacional, por ser obediencia al Espíritu en uno, se expresa en relaciones. La autenticidad, relacionalidad trascendente, está llamada a trascender en relaciones. El reconocimiento del otro es así reconocimiento de la acción del Espíritu en él. Ese otro es cualquier otro, son todos los seres humanos en el seno de una democracia cósmica (L. Boff). El amor al prójimo es la pedagogía normal para el amor sin rostro ni nombre, pero personalizador, en el anonimato social, que hoy va en vías de mundializarse. La universalidad a la que tiende el Espíritu lleva a incluir a los excluidos; por eso se realiza preferentemente como opción por los pobres. El reconocimiento de los condiscípulos en el seno del cristianismo es espiritual en la medida en que funcione como símbolo y signo eficaz de este reconocimiento sin fronteras que privilegia a los pobres.

Es hora de explicitar que la relación a la que tienden todas estas relaciones y la que las sostiene es la relación con Dios y con su Hijo Jesús. Como connotación se ha ido apuntando en cada caso. El Espíritu al que obedecemos para ser auténticos es el de Dios y el de Jesús. Hay limitaciones culturales que no raramente impiden este reconocimiento, pero hay que decir que hacia él lleva el Espíritu por su misma realidad, que es la única realidad de Dios.

Si el ser humano puede barruntar de algún modo la existencia de un ser a quien designa con el nombre de Dios, no es capaz sin embargo de llegar hasta él, menos aún de conocerlo por dentro, de relacionarse con él personalmente. Si el conocimiento interpersonal en el plano humano se basa exclusivamente en la autorrevelación de la persona (aunque cada ser humano pueda ser objetivado desde fuera en su existencia individual), el de Dios (que no puede ser objetivado ya que no forma parte del universo) se basa exclusivamente en su autorrevelación. Aunque, si se revelara divinamente careceríamos de sensores para detectarlo, y si empleara un código humano ¿cómo lo distinguiríamos de los que emitimos nosotros? Así pues, no sólo nos separa de Dios nuestro pecado, también la distancia infinita en la escala del ser, si es que podemos incluir a Dios, lo que es muy problemático, en el seno de esta escala.

Así pues, aunque como Kant podamos presentir que la contemplación sobrecogedora de la creación y la certificación de la voz de la conciencia, percibida como en un santuario interior, nos lleven a la existencia de Dios y a hacernos cargo de algunos de sus atributos, sin embargo sólo él mismo puede salvar la distancia y llegar hasta nosotros. Pues, bien, si nos dejamos llevar por ese impulso que nos trasciende por dentro (y que hemos identificado como el

Espíritu que alienta en la creación y en la humanidad, y que Dios y Jesús derramaron en la Pascua sobre toda carne como participación específica del Espíritu de Jesús), somos hijos de Dios. Porque hijos de Dios son únicamente aquéllos que se dejan guiar por el Espíritu de Dios (Rm 8.14). Si el espíritu de una persona es el que la conoce por dentro, nosotros al dejarnos llevar por el impulso del Espíritu conocemos por dentro a Dios (1 Còr 2,9-12). El Espíritu dentro de nosotros cancela la distancia y el temor y nos capacita para ponernos confiadamente en manos de Dios. Eso significa vivir de fe y ésa es la relación con Dios en el Espíritu.

La fe es la culminación de la entrega personal. Cabe amar sin fe, y ese amor ni personaliza a quien lo da ni salva a quien lo recibe. La entrega personaliza cuando se da en la fe. Si el único acceso que tenemos a cualquier persona es su autorrevelación, sin fe en lo que ella nos comunica de sí, la entrega no es a la persona sino a lo que yo sé de ese individuo. Me atengo a mis indicios, no me entrego a la persona como tal. Lo normal es que en la relación con Dios también busque indicios que me aseguren. La pedagogía del Espíritu nos lleva a fiarnos de Dios sin indicios, sin someterlo a prueba, sin tentarlo, dejándole en su libertad. Sólo desde la autenticidad cabe vivir de fe y tiene sentido hacerlo, porque el Espíritu nos certifica sin palabras que Dios es de fiar y que él quiere nuestro bien más que nosotros mismos.

Así pues la relación con Dios en el Espíritu no es un cara a cara sino apoyarnos en él, fundarnos en él y basar en él nuestra firmeza (cf Is 7,9b). Este ponernos con fe en sus manos no cambia nada ni de nuestra constitución individual ni de nuestra situación en el mundo. De esta relación no se deriva ninguna ventaja material ni social, ni ella lleva aparejada la seguridad ni el éxito. Sólo cambia todo, pero deja cada cosa igual. Cambia todo porque yo estoy religado trascendentemente. No estoy solo ni en mí. Pero deja cada cosa igual porque esta relación es trascendente.

Sin embargo el todo tiende a configurar las partes. Esa relación, si es real y no mera fantasía, se da en la única vida que vivimos. La manera como actúa no es abstrayéndonos de lo demás, que palidece y se desvanece al calor de esta relación totalizadora. Actúa más bien modulando la vida. Es decir, a medida en que va dando de sí, lleva la voz cantante a lo largo del día, en las coyunturas, en el conjunto de la vida. No impide celosamente que haya otras relaciones, pero sí las armoniza, de modo que la vida no sea ni una sucesión caleidoscópica ni una tensión continua entre tendencias contrarias, sino que la relación con Dios vaya dando el tono a las demás relaciones sin mediatizarlas ni menos aún violarlas sino comunicándoles su gloria.

Eso no significa un concordismo abstracto, una especie de armonía preestablecida. Por el contrario supone un trabajo, una elaboración continua que implica transformaciones y también sacrificios. Porque no todo es armonizable. Hay relaciones que se presentan como dilemáticas y otras que lo son, aunque hagamos lo imposible porque no aparezcan así ante nuestros ojos. Si estamos en manos de Dios, la vida se focaliza, se centra y hay que hacer elecciones.

Por de pronto sólo podemos servirlo a él. No podemos ponernos en manos de las riquezas ni de los imperios ni de las fuerzas de vida que se simbolizan por ejemplo en la sexualidad (Mt 4,8-10; Is 31,1-3; Os 8,8-10.14;2,7-15). Esto significa hoy en concreto que no podemos hipotecarnos a la dinámica de la acumulación ni a la necesidad de asegurarnos; que no podemos plegarnos sin más a las reglas de juego, como si la fuerza con la que se imponen llevara en sí su propia justificación; significa que no podemos entregarnos, como compensación a tanto esfuerzo, al bienestar, que funciona como la estabilización imposible del principio del placer. Significa que estos dinamismos tan primarios no pueden autonomizarse sino que los debemos poner al servicio de un proyecto vital humanizador, es decir que deben abrirse a la obediencia al impulso del Espíritu.

Servir a Dios es (avanzando en esta dirección personalizadora) escuchar que él nos dice: "hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo" (Lc 15,31) y, al dar fe a estas palabras, ocuparse de sus cosas como nuestras. Tener confianza en Dios es así hacer su voluntad. Su voluntad no es algo arbitrario, no es nada para su provecho. Su voluntad es llevar a plenitud su creación. Él nos constituyó sus representantes en la creación y para eso nos creó creadores. Su voluntad es que ocupemos ese puesto y fomentemos la vida asumiendo que nuestro destino está ligado al de la tierra. Su voluntad es que vivamos simbióticamente. Pero no podemos asumírnos como terrenos, si antes no nos asumimos como humanos y nos responsabilizamos, en lo que nos toca, de la historia humana.

Desde el comienzo he señalado que el cariz amenazante de esta crisis civilizatoria estriba en su carácter excluyente que encuentra su correspondencia en el despilfarro de la energía y la depredación de los recursos vitales limitados. Por otra parte la revolución tecnológica, al desentrañar los códigos genéticos, nos brinda la oportunidad de perfeccionar la naturaleza. ¿Qué va a prevalecer? ¿una monstruosa vida maquinal para la orgía de poder y la fiesta apocalíptica de unos pocos o una segunda inocencia en una neonaturaleza de corte simbiótico y ecuménico? En la creciente

complejificación ¿hacia dónde nos decantaremos? Es una irresponsabilidad dejar esto en manos de los especialistas de modo que ellos y sus amos, las compañías transnacionales, moldeen las coordenadas de nuestra vida de manera que nuestras decisiones queden confinadas al tiempo libre. Esto no es autenticidad. Cada uno de nosotros tiene que hacer esta elección, y de hecho, más implícita o explícitamente, la va haciendo.

Hacer la voluntad de Dios implica una decisión personal absoluta que es vivir ya cumpliendo esta misión recibida de Dios; y no menos un esfuerzo creativo, inteligente y tenaz para lograr realizaciones colectivas en esa dirección y una alianza mundial que oriente a la humanidad como un todo hacia ese horizonte. Ahora bien, es esencial entender, para evitar equívocos que ciertamente se produjeron en décadas pasadas, que no propongo que determinados contenidos sean automáticamente la voluntad de Dios para uno, de modo que quede eliminado el problema de buscar y hacer la voluntad de Dios. De ningún modo. Insisto, por el contrario, que esa vida mundana, humana (sin Dios, decía Bonhoeffer) se vive en respuesta a la misión encomendada por Dios (ante Dios, en la formulación de Bonhoeffer). El ante Dios es la posición vital radical que me define y es precisamente esa relación primordial la que me lanza a esta aventura humana que asumo autónomamente, pero como respuesta al encargo de Dios, es decir con responsabilidad.

Pero la voluntad de Dios tiene una especificación decisiva: pasa por el conocimiento de Jesús, es decir por la fe en él, por su seguimiento. Dios ha constituido a Jesús en Señor. Eso significa que él es el paradigma de la humanidad que atrae como a su meta a la libertad liberada, por su peso, por su consistencia, por su prestancia, por su gloria, que es la gloria del Hijo unigénito de Dios. Esa gloria reluce en la humanidad de Jesús. Por tanto consiste en la plenitud de su humanidad, una plenitud inexhaustible.

Como en el caso de Dios, también las circunstancias pueden impedir que esta voluntad de Dios, que es también deseo del Espíritu (que es el de Jesús), se historicice en muchas vidas concretas. Pero hacia Jesús tiende tanto el impulso del Espíritu como la voluntad de Dios.

¿Cómo nos relacionamos con él? Tampoco es cara a cara. Nuestra posición respecto de él es ir detrás (Mc 8,33-34), seguirlo. Ya que él es el paradigma, el Señor. Pero nosotros no podemos seguirlo como sus discípulos ya que él no está aquí (Jn 13,36; Mc 16,6). Para nosotros, seguirlo es proseguir su historia: hacer en nuestra situación lo equivalente de lo que él hizo en la suya.

Contemplamos su historia (para eso se escribieron los evangelios: Jn 20.31) para empaparnos de su mentalidad, de sus actitudes y así, como por connaturalidad, proceder nosotros como él (1 Jn 2,6). Para realizar esta equivalencia se nos dio el Espíritu: él nos habilita para esta fidelidad creativa (Jn 14,25-26; 16,12-14). Así pues, la relación con Jesús es contemplarlo en los evangelios, en los que está sacramentalmente presente, no para quedarnos de espectadores, felices de ver su gloria, sino para proseguir su historia (Mc 9,5-7; Mt 7,24-27).

El proceso del seguimiento de Jesús tiene un punto de inflexión decisivo: es el paso de seguir a Jesús desde nuestras coordenadas (expectativas, mentalidad, fuerzas), es decir sin salir de nosotros mismos, en definitiva para hacer nuestros planes, a seguirlo negándonos a nosotros mismos (nuestras teologías y proyectos pastorales sacralizados con los que nos identificamos), pasándonos a su horizonte, siguiéndolo de verdad a él. Éste es el seguimiento desde la autenticidad. La señal de que en efecto lo seguimos es el cargar con su cruz, el participar de su pasión, que es la pasión de Dios por el mundo: su amor apasionado y los sufrimientos que se siguen de él. Si de Jesús pudo decirse que, aunque era Hijo, sufriendo aprendió a obedecer (Hbr 5,8), mucho más es cierto que nuestra radical desapropiación para ser canales expeditos del Espíritu y configurarnos en Jesucristo sólo a través del sufrimiento puede llegar a ocurrir. No por cierto cualquier sufrimiento sino el que trae aparejado el seguimiento consecuente de Jesús de Nazaret desde su Espíritu en cada uno de nosotros.

Después de todo lo dicho no hace falta insistir en que la relación con Jesús nos lleva a hacernos hermanos de los demás, privilegiando a los pobres y despreciados.

### **III AUTENTICIDAD Y ESPERANZA**

¿Adónde lleva la autenticidad? Esta pregunta es imprescindible porque el fin, si no es exterior, es lo que mueve desde el arranque del proceso y cada vez más a medida que el proceso avanza.

#### **Providencia inexcrutable y providencialismo imperialista**

El fin es exterior cuando no coincide el móvil del agente con la finalidad intrínseca de la obra que lleva a cabo. Dos maneras clásicas de esta escisión son por una parte una concepción de la providencia de Dios que actúa utilizando

a los seres humanos para la realización de sus designios, de modo que ellos creen dirigir su vida según sus fines particulares, cuando en realidad, viendo las cosas a nivel global, son meros instrumentos dentro de los planes de Dios; y por otra parte la concepción de la vida espiritual como la realización de las acciones que Dios tiene pautadas, para con ellas ganar la bienaventuranza; al fiel no le interesan esas acciones por sí mismas, sólo las hace como medio para ganar la salvación a la que aspira, de modo que, si los requisitos de Dios fueran otros, dejaría de hacerlas.

Empecemos por la primera. Desde esa manera de concebir la acción de Dios, la historia personal y social tendría dos niveles. El primero, inmanente, es un juego de voluntades y fuerzas, todas particulares, que interactúan como vectores modificándose, contrarrestándose y potenciándose, y que da como dirección dominante el vector que resulta de la composición de fuerzas en cada coyuntura. Pero hay un segundo nivel, trascendente, tanto a los individuos como a cada uno de los actores sociales, que es el decurso de las vidas individuales y de la historia tal como lo tiene previsto Dios y lo va realizando a través de los diversos actores. Es la astucia de la historia, en definitiva del Espíritu, tal como la concebía, por ejemplo Hegel; o la visión que exponen los profetas, sobre todo los de los siglos VII y VI, pero que ya está presente en quienes escribieron en el siglo X la historia de la sucesión de David. De un modo trágico la expresa también Homero y más aún los trágicos ya que la actuación de los dioses no sólo está velada para los seres humanos sino que parece arbitraria y a veces cruel.

El primer nivel puede ser estudiado de un modo exhaustivo: es lo que pretende la historiografía y las ciencias sociales. Pero, concluida esa labor, no se ha agotado la comprensión del acontecer humano, que es en definitiva el de las relaciones entre Dios y la humanidad, y que por tanto está anclado en el misterio del designio de Dios y su discreto actual. Si el actuar de Dios supera absolutamente al ser humano y a la humanidad, lo más realista es someterse a él; aunque esa sabiduría no contenga de por sí la promesa de la felicidad.

Desde esta concepción resulta muy duro abrirse al misterio, que no arroja ninguna luz ni promete ninguna salvación. Por eso los pueblos han tendido a verse como ministros de la divinidad para enderezar la historia y salvaguardar la creación. De ese modo el misterio quedaba de algún modo desvelado y habría una relación de correspondencia entre la acción histórica y personal y los planes de Dios. Así se han visto a sí mismos por lo general los imperios, comprendidos los imperios cristianos. Hegel significa la inmanetización radical de esta tendencia al identificar el Espíritu absoluto con el Estado. La

secularización de esta concepción del devenir histórico está en la absolutización del occidente victorioso y mundializado y el convencimiento de la actuación en su interior de la mano invisible que trasmuta en bien del conjunto la búsqueda afanosa del bien privado. En este sentido esta figura histórica es postcristiana.

La trascendencia espuria consiste en buscar el bien privado ateniéndose a las reglas de juego y teniendo presente que no está garantizado el éxito y menos la permanencia en él: el juego es siempre abierto y cada individuo puede ganar o perder. Más aún, también se acepta que para ganar a veces hay que sacrificar dimensiones humanas entrañables, incluso la alegría. El juego no está, pues, a la medida de cada sujeto; pero es el único juego que existe y merece la pena apostar.

Como se ve, hay aquí entrañada una espiritualidad, es decir la entrega al espíritu, que en este caso es el alma de esta cultura y que ha creado y anima a la figura histórica actual.

### **El mérito como comercio sagrado**

La segunda dirección, que podríamos calificar como búsqueda aleatoria de la salvación, de buenas a primeras parecería el polo opuesto de la anterior ya que no concede sustantividad a los medios para la salvación y los utiliza por tanto como simples medios para obtener el fin que pretende. Los medios son méritos y el fin el premio debido a la acumulación de méritos. Los medios son tales porque así lo ha querido Dios, que soberanamente podía haber puesto otros requisitos. Así pues, el plano humano e histórico queda no sólo relativizado sino desprovisto en sí de sentido, ya que todo el interés, el peso y el sentido se pone en el plano trascendente, que, a diferencia de la visión anterior, sí está desvelado, a lo menos en lo que le toca a cada quien: a uno le han prometido la bienaventuranza, si cumple lo que Dios ha revelado como requisito. Una variante que redondea esta propuesta es que el que en definitiva las cosas de esta vida resulten favorables para uno es un indicio supletorio de que Dios está contento con uno, lo que no elimina que pueda poner diversas pruebas.

Este modo de buscar la salvación tiende a componerse muy bien con la figura histórica vigente, aunque parecería relativizarla completamente. Hay dos razones. La primera es que como las cosas no valen en sí, lo que no esté pautado como medio para la salvación, puede ser usado libremente según la conveniencia privada; y como en sí no tiene legalidad propia, puede ser

utilizado sin atenerse a más normas que las que establece el sistema. Pero además para la lógica del mercado la mayor parte de las actividades de uno tampoco tienen valor en sí: son meramente útiles, es decir que únicamente se realizan como medio para los fines personales: obtener dinero, seguridad, prestigio, sentido de pertenencia. El carácter meramente utilitario de esta oferta salvacionista se corresponde, como se ve, al tono del sistema, que propone el sacrificio como la vía normal para llegar a las preferencias personales. La diferencia es que la preferencia a la que se dirige el fiel no es un bien de este mercado sino el que oferta el mismo Dios, pero que también se presenta como bien transable.

La espiritualidad de este camino de salvación consiste en sacrificarse para acumular méritos que alcancen la dicha plena; dicho de otro modo, desvivirse para conseguir la vida eterna. De algún modo el medio es contrario al fin. Pero así lo dispuso Dios y así se acepta con toda resolución.

Así pues, esas dos concepciones y sus correspondientes espiritualidades son expresión de la crisis civilizatoria y no alternativas superadoras.

### **Correspondencias desde la libertad**

En la espiritualidad de la autenticidad es claro que la motivación de la persona y la dirección de lo que emprende en obediencia al Espíritu forman una unidad. Si el mismo Espíritu que alienta dentro de cada quien sopla en la creación y por consiguiente en la historia, no hay oposición sino correspondencia entre el movimiento del Espíritu en el individuo, en las estructuras de la realidad y en la historia humana. También hay correspondencia entre la plenitud personal a la que conduce a cada quien y el paradigma humano hacia el que lleva a cada cultura, porque el Espíritu es el de Jesús, que es el paradigma de humanidad para cada individuo y para cada cultura, para la humanidad.

Ahora bien, el Espíritu no está encarnado en mí ni en ninguna cultura ni en ninguna institución. Ni yo ni nadie ni nada poseemos al Espíritu. El mueve, es verdad, desde dentro; pero de un modo trascendente. Eso significa dos cosas: Ante todo, su libertad respecto de individuos y culturas. No podemos equipararnos a él ni ponernos a su altura. Nuestra relación con él es obedecerlo. Pero también, nuestra libertad respecto de él. Podemos resistir a su impulso, y, si lo aceptamos, somos nosotros quienes nos acompasamos a su movimiento.

“El viento sopla donde quiere, y oyes su voz; pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu” (Jn 3,8). El que nace de Espíritu es el que se deja llevar por él, el que obedece a su impulso, no el que lo domina. Este dicho se refiere a un maestro de Israel que ha ido a reconocer a Jesús como un colega carismático. El maestro piensa que tiene tan descifrado el plan de Dios que es capaz de reconocer a quien él ha constituido maestro, como lo es él mismo, pero sin pasar por la universidad. Jesús le dice que no son colegas, que no se equiparan. Que él tiene que nacer de nuevo haciéndose discípulo suyo porque Jesús es el que revela a Dios y el paradigma de humanidad. Es decir, que su saber no lo salva. Sólo si se deja guiar por el Espíritu, podrá entender desde dentro la propuesta de Jesús y seguirlo como paradigma.

### **La obediencia como fuente de sentido**

En este texto se dice que quien nace del Espíritu es capaz de seguir su impulso, pero no sabe adónde va. ¿Significa esto que no hay respuesta a la pregunta de adónde lleva la autenticidad? Sí hay respuesta, pero yo no la domino objetivamente, como hace la ciencia al construir sus objetos, y precisarlos y verificarlos por ensayo y error. En la autenticidad sí hay sentido, pero a este sentido sólo se accede realmente siendo llevado, obedeciendo. No es primero la luz y luego la vida. La luz que se nos da es la luz de la vida (Jn 8,12), la luz que arroja el vivir en obediencia al Espíritu. Dios nos guía mediante su Espíritu como un maestro al muchacho: no le dice de golpe todo sino que le va poniendo cada día su tarea. Cuando la hace bien, le entrega la tarea siguiente. Conforme vamos correspondiendo, se nos va llevando más allá. Mientras uno va subiendo una pared de montaña sólo ve el horizonte inmediato de lo que va pisando; pero cuando hace un alto y se voltea, se hace cargo de todo el camino recorrido. Así al obedecer al Espíritu, uno va entrando cada vez más en la espesura, incluso en la niebla, en la noche; pero simultáneamente cada vez va conociendo más y desde dentro. Son directamente proporcionales el crecimiento en obediencia, la indisponibilidad del Espíritu, la vida en fe, y el conocimiento interno de uno mismo, de la vida, de los demás, de Dios.

Hasta ahora no he respondido adónde lleva la autenticidad sino cómo lleva. Sin embargo sí se ha puesto de relieve que la vida en autenticidad arroja una luz, un sentido, que son precisamente el sentido de lo vivido y de su horizonte. Que hay una distancia cada vez mayor entre el obedecer al Espíritu

con la esperanza que trae aparejada y lo que se va conociendo desde dentro al obedecer: cada vez se va conociendo más, pero lo que se atisba es cada vez mucho mayor.

### **¿A la plenitud por la libertad?**

La autenticidad lleva hacia la plenificación propia que se inscribe en la plenificación de toda la creación, es decir a que todo, y yo en ello, esté henchido de la gloria de Dios. Lleva hacia la constitución del mundo fraterno de los hijos de Dios en el que yo esté como hijo suyo y como hermano de los demás. En la expresión que utilizó Jesús, la obediencia al Espíritu lleva al reinado y al reino de Dios. El reinado consiste en la soberanía de Dios en uno, en la transformación personal que resulta de obedecer realmente al Espíritu y así proseguir la historia de Jesús invistiendo su paradigma. El reino es ese mundo de sus hijos, transfigurado al participar de su propia consistencia y prestancia. Esa plenitud es la que, de modo más implícito o claramente revelada, late siempre como connotación, como promesa en el impulso del Espíritu. No es fácil abrirse a esta esperanza desde la experiencia personal de tantas limitaciones y negatividad, desde lo inasible de los momentos de relativa plenitud, y desde la experiencia cultural de tanta vida disminuida y tanta deshumanización.

La dificultad de la esperanza no proviene sólo de la experiencia de nuestra labilidad y de la delicuescencia de lo humano y más aún del pecado propio y estructural. También se origina en el modo de proceder de Dios. Jesús vino de parte de Dios proclamando, invitando, proponiendo. Y ese mismo es el tono del Espíritu dentro de uno y en la historia. Decir Espíritu es decir libertad, tanto de él con respecto de nosotros como de nosotros respecto de él. Desde la actuación de Dios a través de Jesús y del Espíritu parece que habría que modificar el refrán y decir que Dios propone y el hombre dispone.

El que Dios cuente de modo absoluto con nuestra libertad nos enaltece, pero también y más aún nos llena de espanto. ¿Cómo va a depender nuestra suerte y la del mundo de ese aspecto de la humanidad, su libertad, que sentimos tan inconstante, tan condicionado, tan necesitado de ser liberado? Proclamamos a Jesús Señor, y sentimos el impulso de pedirle que ejercite ese señorío sobre nosotros, salvándonos de nuestros demonios, de nuestra debilidad, de nuestra pecaminosidad. También llamamos al Espíritu en el Credo “Señor y dador de vida”. En vez de alentar en nosotros, estamos tentados de pedirle que nos arrastre. Pero Dios nunca va a vencer de nosotros o sobre

nosotros. Jesús no es rey de súbditos sino de los que escuchan su voz y lo siguen (Jn 18,37). Y lo mismo, el Espíritu.

## **Misión de la libertad**

Así como en los demás seres vivos el Logos y el Espíritu actúan, diríamos, desde su propia naturaleza, aunque la subjetualidad de la naturaleza como un todo sea en ellos mayor que su concreción específica e individual; así en los seres humanos actúan del mismo modo en cuanto formamos parte del mismo conjunto, pero actúan también según la naturaleza específicamente humana y la individual de cada persona y en este sentido preciso actúan a través de la libertad, situada y condicionada pero real, que nos caracteriza. Así ellos nos dan lugar.

Nosotros formamos parte del universo y en ese sentido el Logos y el Espíritu actúan también en nosotros (como pensaba ya Heráclito) según esa Ley eterna que rige el movimiento incesante y al parecer caleidoscópico de todas las cosas o, por mejor decir, de la naturaleza como un todo limitado y abierto. Por eso tienen pleno sentido estudios como el Proyecto Genoma o la búsqueda asintótica de la fórmula del universo. Pero la evolución, que es trascendente desde la inmanencia por el Logos y el Espíritu, también es internamente diferenciada como expresión de esa apertura interna, que es también complejización y complementariamente unificación de lo progresivamente diversificado y autonomizado. Esto significa que la evolución incorpora a la libertad inteligente y sentiente de la humanidad. Correspondientemente la humanidad, desde esa su diferencia específica, debe hacerse cuerpo con todo lo que existe, haciéndose cargo responsablemente de todo y dirigiéndolo hacia esa meta a la que está llamado. Si los platónicos creían que la materia es dócil a la eterna Sabiduría, no al modo como una fuerza ciega es doblegada por otra mayor, sino por la virtud del amor que la hace consentir en la obediencia, también la humanidad está llamada a esa obediencia, mucho más conscientemente libre y deseada, al Espíritu y a la Sabiduría; y desde esa recta ordenación de su voluntad está llamada a ejercer su dominio no despótico sino hegemónico y fraternal sobre la naturaleza de la que forma parte diferenciada. Ese es el contenido del mandato del Génesis (1,26).

De este modo la autenticidad, que constituye la diferencia individual, envía también desde esa individuación irreductible a construir la humanidad como un cuerpo social simbiótico y diferenciado, y a salvaguardar y

humanizar la naturaleza y a dirigirse con ella a que por su plenitud Dios sea todo en todos.

### **Esperanza personal y esperanza colectiva**

Esa esperanza no está fundada en las capacidades propias ya que, si el empeño por la existencia auténtica ha sido consistente, más pronto que tarde se ha llegado hasta los propios límites, hasta la experiencia de la propia impotencia. La base de la esperanza está en la fuerza soberana de ese impulso. Desde la vivencia religiosa y cristiana de la autenticidad decimos que el fundamento de la esperanza está en el poder de Dios: para él nada hay imposible (Gn 18,14; Lc 1,37; Mc 10,27;14,36). Más aún, precisamente él es el Dios que se manifiesta venciendo en nuestra impotencia: el que da vida a los muertos y llama a lo que no es para que sea (Rm 4,17). Nuevamente se hace presente la dialéctica negativa. El Dios cristiano no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores (aunque ése haya sido repetidamente a lo largo de la historia el Dios de muchos cristianos, incluso institucionalmente) sino el que da la fuerza a los que se ven sin ella, tanto a los pobres como a los pecadores.

Así pues el Espíritu no triunfa sobre uno sino en uno; no triunfa, pues, sustituyendo sino liberando nuestra libertad. A propósito de la obsesión había anotado esa experiencia, casi de desdoblamiento, como que el Espíritu poseyera a la persona, por la fuerza con que hala de quien ya piensa que llegó al límite de sus fuerzas. Pero, precisamente entonces, insistía en que la obsesión era experimentada como lo mejor y más genuino de uno, como su propia libertad liberada. Lo mismo que cuando es negada la vida la obsesión llega a producirla, también cuando se experimenta la impotencia moral para superar una tendencia deshumanizadora o para salir de sí, la autenticidad puede entregarse a una fuerza que se abre paso en medio de la impotencia.

Nuestra esperanza no consiste en que Dios salve desde fuera a la humanidad, como se lo plantea el imaginario vigente en el que sólo alguien exterior al problema puede superarlo, sino en que triunfe en nosotros, de manera que su triunfo sea el nuestro. Es lo que hizo Jesús: sembrar en los corazones la fe que salva, de modo que su más alta alegría consistía en poder decir a la persona después de un intenso proceso: “tu fe te ha salvado” (Mc 5,34;10,52; Mt 9,29;15,28; Lc 7,50).

Esa esperanza no la tenemos puesta en el cumplimiento de la ley que nos merecerá la salvación de Dios, tampoco en los designios inexcrutables de un Dios que se sirve de nosotros para realizar a pesar de nosotros sus propios

planes. Nuestra esperanza está en ese Logos por el que todo fue creado, es decir que ha impreso en la creación su sentido; y en ese Espíritu que alienta dentro de nosotros, en la humanidad y en toda la creación. Está, pues, en ese Dios que se ha comprometido, mediante sus dos manos (la expresión es de san Ireneo) con su creación; que en Jesús se hizo para siempre creación, historia humana, carne de nuestra carne.

Nosotros, en cuanto tratamos humilde pero resueltamente de obedecer al Espíritu en nuestros corazones, nos capacitamos para percibir desde entro la ansiosa espera de la creación, que gime sometida por la humanidad al fracaso y ansiando ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. El mismo deseo que siente nuestro cuerpo de ser integralmente redimido, es decir de transformarse en canal expedito del Espíritu, es el que siente toda la materia y la vida que desean incorporarse a una humanidad según el paradigma de Jesús. El universo desea ser el cuerpo de la humanidad fraterna de los hijos de Dios. Esta correspondencia entre el camino personal de la autenticidad y el deseo y el ansia del cosmos es la visión grandiosa de Pablo (Rm 8,19-25).

Así pues, es cierto que hay que cambiar el refrán porque Dios propone y el ser humano dispone; porque Dios respeta de modo absoluto la libertad. Pero también es verdad que en definitiva todo es gracia. Ésa es la esperanza que se abre desde el camino de la autenticidad. Por eso la propuesta no es la resignación a la necesidad ciega o a la voluntad arbitraria de un ser supremo sino la entrega confiada a este impulso que nos trasciende por dentro y que mueve libremente al universo.

Pero esta esperanza nada tiene en común con la instalación en una serenidad olímpica, invulnerable ya a las nubes y tempestades, a las contingencias de la existencia. Esta esperanza se realiza en la debilidad, incluso se sobrepone a la infidelidad y se reafirma como paciencia activa en el tiempo histórico adverso. Por eso acabo como empecé: la autenticidad se realiza en definitiva como obediencia. Eso lo tuvo que aprender el mismo Jesús de Nazaret, que había dicho que su alimento (la vida de su vida y su manjar) era hacer la voluntad de su Padre (Jn 4,34). En el huerto tuvo, sin embargo, que suplicar desde la postración y el desgarró íntimo: “no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mc 14,36). Por eso pudo decirse de él que, “aunque era Hijo, sufriendo aprendió a obedecer” (Hbr 5,8). Pero en esa hora de tristeza de muerte, en que abatido por el terror mordía el polvo de los vencidos, la obediencia fue el hilo tenue pero victorioso que lo mantuvo en la vida y en el sentido, en la continuidad biográfica, en la fidelidad y la que lo llevó a lo mejor

de sí, adonde aún no había llegado, lo que lo consumó. Así pues, esa obediencia a la voluntad de su Padre fue su acción más personal. No heteronomía sino constitución de sí mismo y entrega de sí, unificación total en la libre salida de sí. El camino de la autenticidad es dialéctica negativa que incluye la bajada al infierno propio y a los infiernos de la hora histórica, los que provocan los factores de la figura histórica y se niegan a reconocer. La autenticidad no es una huida solipsista ni un confinamiento elitista. Se realiza en la realidad. Por ahí pasa nuestra esperanza.

## **MAESTROS ESPIRITUALES DEL SIGLO XX**

- Juan XXIII: Diario de un alma. Cristiandad, Madrid 1964  
El evangelio del Papa Juan. Desclée de Brouwer, Bilbao 1971  
Mensaje espiritual. BAC, Madrid 1979  
Textos esenciales. Nova Terra, Barcelona 1969  
Vida Cristiana cada día. San Pablo, Madrid 1968  
Carlos de Foucauld: Directorio. Herder, Barcelona 1963  
Viajero de la noche. Ciudad Nueva, Madrid 1994  
Contemplación. Sígueme, Salamanca 1969  
Escritos espirituales I. Sígueme, Salamanca 1981  
Obras espirituales. San Pablo, Madrid 1998  
Pierre Teilhard de Chardin: El medio divino. Taurus, Madrid 1967  
Ciencia y Cristo. Id. 1968  
Yo me explico. Id. 1969  
Cómo yo creo. Id. 1986  
Cartas íntimas. DDB, Bilbao 1974  
Himno del universo. Trotta, Madrid 1996  
Sobre el amor y la felicidad. PPC, Madrid 1999  
Energía espiritual del sufrimiento. Fontanella, Barcelona 1968
- Edith Stein: Ciencia de la cruz. Monte Carmelo, Burgos 1994  
La mujer y su misión en el orden de la naturaleza y de la gracia. Id. 1998  
Ser finito y ser eterno. FCE, México 1994  
Estrellas amarillas. Ed. de Espiritualidad, Madrid 1992  
Autorretrato epistolar. Id. 1996  
Escritos espirituales. BAC, Madrid 1998  
Simone Weil: La gravedad y la gracia. Trotta, Madrid 1994  
Pensamientos desordenados acerca del amor de Dios. Id. 1995  
A la espera de Dios. Id. 1993

- Dietrich Bonhoeffer: Resistencia y sumisión. Sígueme, Salamanca 1983  
Creer y vivir. Id. 1985  
El precio de la gracia. Id. 1995  
Vida en comunidad. Id. 1997  
Cartas de amor desde la prisión. Trotta, Madrid 1998
- Emmanuel Mounier: Obras completas I-IV. Sígueme, Salamanca 1990,1993,1998
- Madelaine Delbrel: Nosotros, gente de la calle. Estela, Barcelona 1971  
La alegría de creer. ST, Santander 1997  
Las comunidades según el evangelio. PPC, Madrid 1998
- Joseph Cardijn: Los laicos en primera línea. Nova Terra, Barcelona 1965
- Pedro Arrupe: La Iglesia de hoy y del futuro. Mensajero, Bilbao 1982  
En él sólo la esperanza. Id. 1983  
Ante un mundo en cambio. Apostolado de la prensa 1972  
Hambre de pan y evangelio. ST, Santander 1978
- Karl Kahner: Amar a Jesús, amar al hermano. ST, Santander 1983  
Invitación a la oración. Id. 1979  
Cambio estructural de la Iglesia. Cristiandad, Madrid 1973  
Los peligros en el catolicismo actual. Id. 1964  
Escritos de teología III y VII. Taurus, Madrid 1996,1969  
Experiencia del Espíritu. Narcea, Madrid 1978  
La gracia como libertad. Herder, Barcelona 1972  
Tolerancia, libertad, manipulación. Id. 1978  
Siglo XX, siglo de la gracia. Dinor, Pamplona 1967
- Bernhard Häring: Memorias de guerra de un sacerdote. Herder, Barcelona 1978
- Centrarse en Dios. Id. 1978  
Las cosas deben cambiar. Id. 1995  
La no violencia. Id. 1989  
Mi experiencia con la Iglesia. Perpetuo Socorro, Madrid 1989  
Evangelio, no violencia, contestación. Id. 1993  
Todo está en juego. PPC, Madrid 1995
- Martin Luther King: La fuerza de amar. Argos, Barcelona 1978

Adónde vamos. Aymá, Barcelona 1968  
El clarín de la conciencia. Id. 1973  
Por qué no podemos esperar. Id. 1973  
Discursos. Universidad de León, León 1997

Thomas Merton: Incursiones en lo indecible. Plaza y Janés, Barcelona 1973

La oración contemplativa. PPC, Madrid 1996  
La sabiduría del desierto. BAC, Madrid 1997  
Tiempos de celebración. Pomaire, Barcelona 1967

Helder Camara: Las conversiones de un obispo. ST, Santander 1980  
Evangelio con Dom Helder. Id. 1987  
El desierto es fértil. Sígueme, Salamanca 1986  
Espiral de violencia. Id. 1978  
Para llegar a tiempo. Id. 1970  
¿Quién soy yo? Id. 1978  
La revolución de los no violentos. Dinor, Pamplona 1972  
Pobreza, abundancia y solidaridad. Zero, Madrid 1970

Roger Schultz: Vivir en el hoy de Dios. Estela, Barcelona 1969  
La violencia de los pacíficos. Herder, Barcelona 1978  
Dinámica de lo provisional. Id. 1978  
Lucha y contemplación. Id. 1980  
Florecerán tus desiertos. Id. 1984  
Que tu fiesta no tenga fin. Id. 1978

Oscar A. Romero: Su pensamiento. San Salvador. v. I-VIII, 1980-1988  
Henri Nouwen: En el nombre de Jesús. PPC, Madrid 1998  
El regreso del hijo pródigo. Id. 1994  
El sanador herido. Id. 1998  
Las tres etapas en la vida espiritual. Id. 1997  
El camino hacia la paz. ST, Santander 1998  
Aquí y ahora. San Pablo, Madrid 1998

Carlo María Martini